



This is a digital copy of a book that was preserved for generations on library shelves before it was carefully scanned by Google as part of a project to make the world's books discoverable online.

It has survived long enough for the copyright to expire and the book to enter the public domain. A public domain book is one that was never subject to copyright or whose legal copyright term has expired. Whether a book is in the public domain may vary country to country. Public domain books are our gateways to the past, representing a wealth of history, culture and knowledge that's often difficult to discover.

Marks, notations and other marginalia present in the original volume will appear in this file - a reminder of this book's long journey from the publisher to a library and finally to you.

Usage guidelines

Google is proud to partner with libraries to digitize public domain materials and make them widely accessible. Public domain books belong to the public and we are merely their custodians. Nevertheless, this work is expensive, so in order to keep providing this resource, we have taken steps to prevent abuse by commercial parties, including placing technical restrictions on automated querying.

We also ask that you:

- + *Make non-commercial use of the files* We designed Google Book Search for use by individuals, and we request that you use these files for personal, non-commercial purposes.
- + *Refrain from automated querying* Do not send automated queries of any sort to Google's system: If you are conducting research on machine translation, optical character recognition or other areas where access to a large amount of text is helpful, please contact us. We encourage the use of public domain materials for these purposes and may be able to help.
- + *Maintain attribution* The Google "watermark" you see on each file is essential for informing people about this project and helping them find additional materials through Google Book Search. Please do not remove it.
- + *Keep it legal* Whatever your use, remember that you are responsible for ensuring that what you are doing is legal. Do not assume that just because we believe a book is in the public domain for users in the United States, that the work is also in the public domain for users in other countries. Whether a book is still in copyright varies from country to country, and we can't offer guidance on whether any specific use of any specific book is allowed. Please do not assume that a book's appearance in Google Book Search means it can be used in any manner anywhere in the world. Copyright infringement liability can be quite severe.

About Google Book Search

Google's mission is to organize the world's information and to make it universally accessible and useful. Google Book Search helps readers discover the world's books while helping authors and publishers reach new audiences. You can search through the full text of this book on the web at <http://books.google.com/>



Acerca de este libro

Esta es una copia digital de un libro que, durante generaciones, se ha conservado en las estanterías de una biblioteca, hasta que Google ha decidido escanearlo como parte de un proyecto que pretende que sea posible descubrir en línea libros de todo el mundo.

Ha sobrevivido tantos años como para que los derechos de autor hayan expirado y el libro pase a ser de dominio público. El que un libro sea de dominio público significa que nunca ha estado protegido por derechos de autor, o bien que el período legal de estos derechos ya ha expirado. Es posible que una misma obra sea de dominio público en unos países y, sin embargo, no lo sea en otros. Los libros de dominio público son nuestras puertas hacia el pasado, suponen un patrimonio histórico, cultural y de conocimientos que, a menudo, resulta difícil de descubrir.

Todas las anotaciones, marcas y otras señales en los márgenes que estén presentes en el volumen original aparecerán también en este archivo como testimonio del largo viaje que el libro ha recorrido desde el editor hasta la biblioteca y, finalmente, hasta usted.

Normas de uso

Google se enorgullece de poder colaborar con distintas bibliotecas para digitalizar los materiales de dominio público a fin de hacerlos accesibles a todo el mundo. Los libros de dominio público son patrimonio de todos, nosotros somos sus humildes guardianes. No obstante, se trata de un trabajo caro. Por este motivo, y para poder ofrecer este recurso, hemos tomado medidas para evitar que se produzca un abuso por parte de terceros con fines comerciales, y hemos incluido restricciones técnicas sobre las solicitudes automatizadas.

Asimismo, le pedimos que:

- + *Haga un uso exclusivamente no comercial de estos archivos* Hemos diseñado la Búsqueda de libros de Google para el uso de particulares; como tal, le pedimos que utilice estos archivos con fines personales, y no comerciales.
- + *No envíe solicitudes automatizadas* Por favor, no envíe solicitudes automatizadas de ningún tipo al sistema de Google. Si está llevando a cabo una investigación sobre traducción automática, reconocimiento óptico de caracteres u otros campos para los que resulte útil disfrutar de acceso a una gran cantidad de texto, por favor, envíenos un mensaje. Fomentamos el uso de materiales de dominio público con estos propósitos y seguro que podremos ayudarle.
- + *Conserve la atribución* La filigrana de Google que verá en todos los archivos es fundamental para informar a los usuarios sobre este proyecto y ayudarles a encontrar materiales adicionales en la Búsqueda de libros de Google. Por favor, no la elimine.
- + *Manténgase siempre dentro de la legalidad* Sea cual sea el uso que haga de estos materiales, recuerde que es responsable de asegurarse de que todo lo que hace es legal. No dé por sentado que, por el hecho de que una obra se considere de dominio público para los usuarios de los Estados Unidos, lo será también para los usuarios de otros países. La legislación sobre derechos de autor varía de un país a otro, y no podemos facilitar información sobre si está permitido un uso específico de algún libro. Por favor, no suponga que la aparición de un libro en nuestro programa significa que se puede utilizar de igual manera en todo el mundo. La responsabilidad ante la infracción de los derechos de autor puede ser muy grave.

Acerca de la Búsqueda de libros de Google

El objetivo de Google consiste en organizar información procedente de todo el mundo y hacerla accesible y útil de forma universal. El programa de Búsqueda de libros de Google ayuda a los lectores a descubrir los libros de todo el mundo a la vez que ayuda a autores y editores a llegar a nuevas audiencias. Podrá realizar búsquedas en el texto completo de este libro en la web, en la página <http://books.google.com>



v

106 f 89





OBRAS

DE

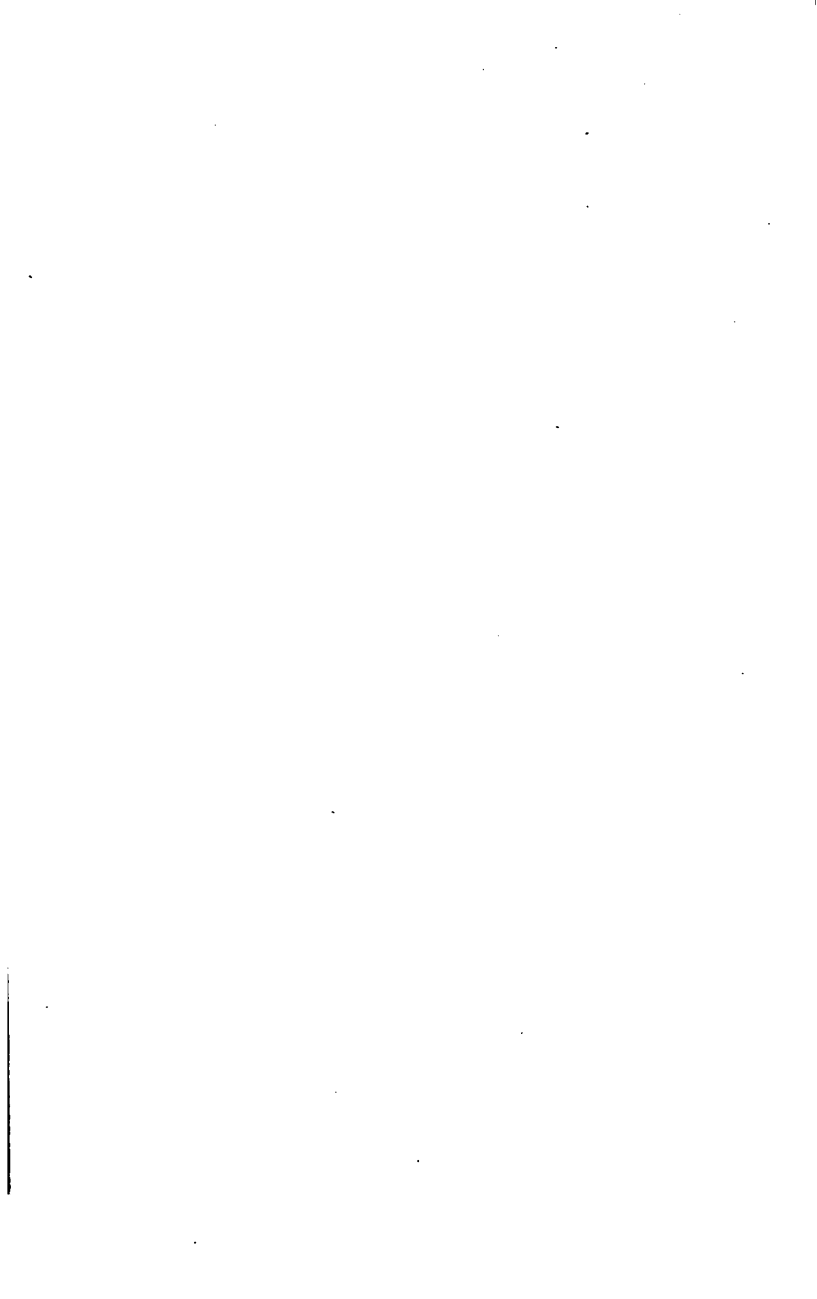
MANUEL DEL PALACIO. . .

✓

106 f 39







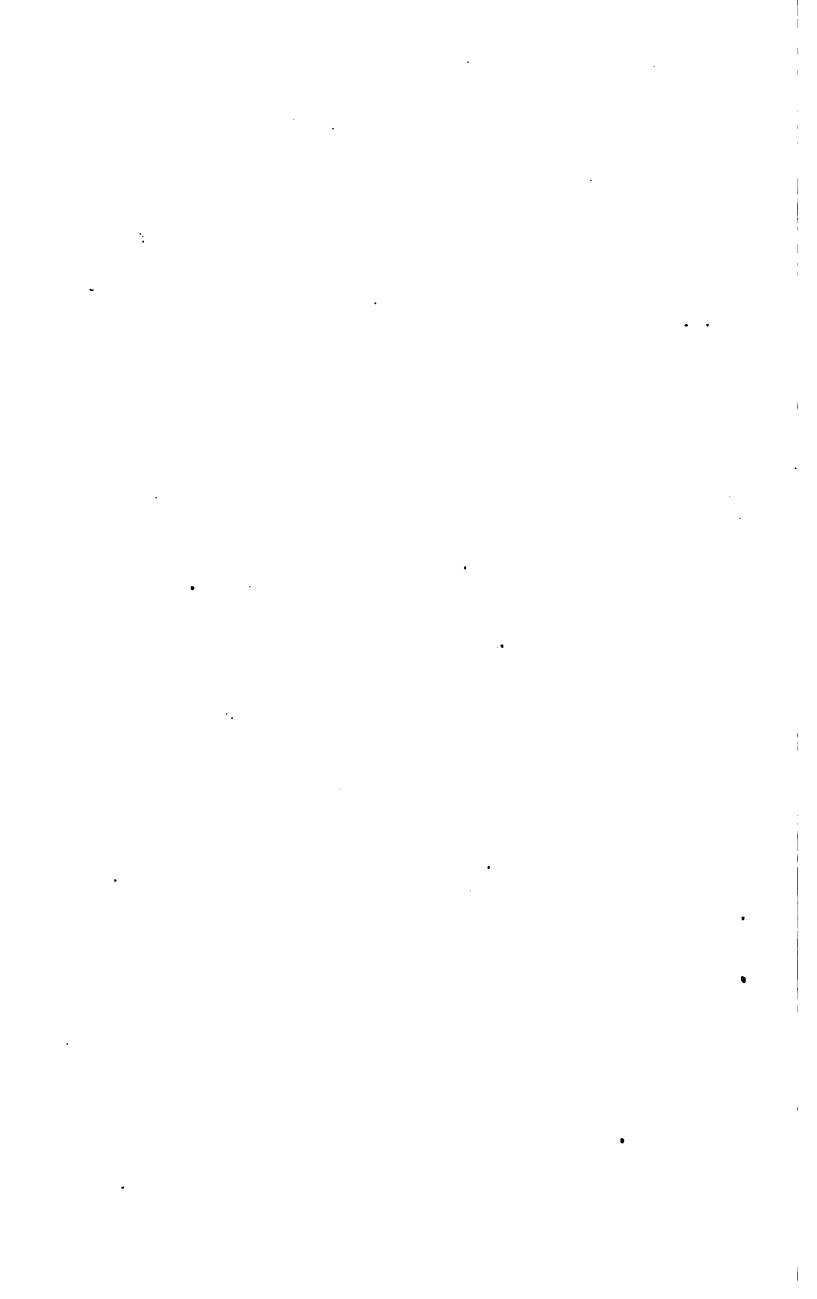




OBRAS

DE

MANUEL DEL PALACIO. .



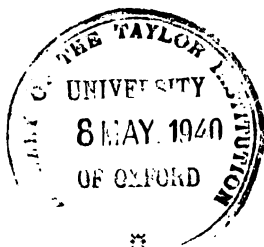
VELADAS DE OTOÑO.

LEYENDAS Y POEMAS.



MADRID :
Est. Tipográfico de los Sucesores de Rivadeneyra,
IMPRESORES DE LA REAL CASA.
Paseo de San Vicente, núm. 20.

1884.



EL CRISTO DE VERGARA.

LEYENDA.

AL YA

CÉLEBRE ESCULTOR CATALAN,

JERONIMO SUÑOL.





EL CRISTO DE VERGARA.

LEYENDA.

HAY de Vergara en la villa,
Tras un pórtico amparada
Del tiempo que la mancilla,
Vieja iglesia, cuya entrada
Tiene al frente una capilla.

Quien á fuerza de palpar
Consigue allí penetrar,
Pese á la falta de luz,
Ve entre la sombra un altar,
Y en el altar una cruz:

Y vago y desvanecido
Un cuerpo que luz refleja,
De aquella cruz suspendido,
Tan desmayado y herido,
Que parece que se queja.

Bella imágen del dolor
Lo excita al par que lo calma
Con su sonrisa de amor,
En que puso genio y alma
Montañes el escultor.

Mas ¿cómo se encuentra allí?
¿Cómo en tan pobre lugar
Se esconde tesoro así?
La historia os voy á contar
Que me contaron á mí.

Y sabréis, pues lo declara
La tradicion tal cual es,
Por qué coincidencia rara
Vino á parar á Vergara
El Cristo de Montañes.

I.

En el sitio que hoy ocupa
La parroquia de San Pedro,
De artística decadencia
Abigarrado modelo,
Hubo en Vergara, del siglo
Diez y siete á los comienzos,
Una ermita, cuyo origen
Está entre brumas envuelto.
De San Pedro tomó el nombre,
Patron insigne del pueblo,
Porque en unos rotos muros
Que coronaban el cerro,
Al ir por piedra una tarde
Halló su efigie un cantero;
Y tantos devotos hizo
Que, de su culto en obsequio,
Limosnas se recogian
Para levantarle un templo.
De la ermita mayordomo
Y demas cargos anexos
Era Rodrigo de Urbieta

Por no sé qué privilegio,
Pues sirvió en sus mocedades
En los españoles tercios,
Y áun más de su gusto hallaba
La pólvora que el incienso.
De su largo matrimonio
Ya por la muerte disuelto,
Un hijo á Urbietta quedóle,
Mas tan audaz y perverso,
Que Dios se le dió sin duda
Por castigo, y no por premio.
Veinte años cumplido habia
Y ni un noble pensamiento,
Ni una amistad verdadera,
Ni un generoso deseo,
Daban ternura á su alma
Ni calor á su cerebro.
Ingrato y antojadizo,
Y rencoroso y soberbio,
Hacer mal era su dicha
Por sólo el placer de hacerlo.
En vano formó su padre
De corregirlo el empeño,
Con el rigor muchas veces
Y algunas con el consejo;

De todo Andres se burlaba ,
 Que era su malvado pecho
 Para los sermones, piedra ,
 Y para los golpes , hierro.
 Con lo que el honrado padre
 Vegetaba en tal desvelo,
 Que más de una vez la aurora
 Le vió llorando en el lecho.

Habitaba Don Rodrigo,
 Por ser suya de abolengo,
 Una casa, de la ermita
 Separada por un huerto.
 Y para servicio propio
 Y servicio de San Pedro,
 Le acompañaba un anciano
 Segun él soldado viejo,
 Aunque más trazas tenía
 Que de soldado, de lego.
 En cuanto á Andres, arrojado
 De su hogar hace ya tiempo,
 Vivía , Dios sabe cómo,
 Ni dónde, ni por qué medios.

Eran las diez de la noche,
Y era una noche de Enero
De esas en que muestra al mundo
Todo su horror el invierno,
Cuando cauteloso y ágil
En largo capote envuelto,
Junto al portal de la ermita
Detúvose un bulto negro.
Mojada estaba la tierra,
Triste el lugar y desierto,
Sin una luz las ventanas,
Sin una estrella los cielos.
Sólo de un ave nocturna
El graznido ronco y seco
Algunas veces venía
Á interrumpir el silencio.
Bajo el dintel bizantino,
Ya libre de lluvia y cierzo,
De su capote los pliegues
Echó atrás el encubierto,
Dejando ver, de un relámpago
Al vivo y fugaz reflejo,
El rostro de Andres Urbietta
Pálido sí, pero bello;
Que era el hijo de Rodrigo

De Satanás un remedo,
Con la fealdad en el alma
Y la hermosura en el cuerpo.
Aunque ni temor ni duda
Se pintaban en su aspecto,
Interrogando la sombra
Miró, ya cerca, ya lejos,
Después de lo cual, y armado
Con fina daga de acero,
Metióla en la cerradura
Murmurando un juramento;
Y de las manos palanca
Y ariete del cuerpo haciendo,
Forzada la puerta, el mozo
Cayó de la ermita dentro.

—

De una lámpara de cobre
Al moribundo destello
Levantóse Andres, enfrente
Del santo patron del pueblo.
Era la efigie de piedra,
Si bien conservando á trechos
Señales de la pintura
Con que al nacer la vistieron.
La diestra alzada tenía

Como imponiendo respeto ,
Y en la siniestra las llaves ,
Atributo de su empleo.
Aunque por mano labrada
De un artífice grosero ,
Habia en aquella efigie
Parodia del arte griego ,
Un no sé qué de dulzura ,
De bondad y sentimiento ,
Que daba al pobre esperanza
Y al afligido consuelo.
¿Qué pasó en aquel instante
Por la mente del mancebo ,
Y qué lava sus pasiones
Inflamó con torpe fuego ?
En aquel recinto oscuro
Se encerraban sus recuerdos ,
Sus penas y sus placeres ,
Sus odios y sus afectos.
Allí fué donde, jugando,
Dió agilidad á sus miembros,
Y á vencer sin ser vencido
Se adiestró desde pequeño.
Tocar aquella campana
Era en las fiestas su anhelo ,

Y atizar aquellas luces
 Y aprender aquellos rezos.
 Y allí también una noche
 Vió, sin que le diera miedo,
 El cadáver de su madre
 Que, mudo como un espectro,
 Velaba el buen Don Rodrigo,
 Desde entónces siempre serio.
 ¡Ay! de todo aquel pasado,
 Vago ya como un ensueño,
 Sólo la muerta vivía
 De Andres en el pensamiento.

—

Cerca del altar, y al muro
 Con su candado sujeto,
 Un cajon alto y angosto
 Con una hendidura en medio,
 Esta inscripcion ostentaba,
 Blanca sobre fondo negro :
 —Aquí se echan las limosnas
 Para las obras del templo.—
 Como arrancado al influjo
 Que le encadenaba al suelo,
 Andres alzó la cabeza,
 Respiró seguido y recio,

Y hácia el cajon dirigióse
Con paso seguro y lento.
La limpia daga en su mano
Volvió á relucir de nuevo,
Y buscando las junturas
De la madera y el hierro,
Pronto en la pared quedaba
Sólo el candado suspenso.
Sacó entónces del bolsillo
Un papel, que leyó entero,
Y colgándole de un clavo
Donde todos puedan verlo,
El cajon echóse acuestas
Despues de probar su peso,
Y dando un soplo á la lámpara
Tomó el camino del pueblo:
Miéntras la lluvia caia
Y á las ráfagas del cierzo
Mezclaba el ave nocturna
Su graznido ronco y seco.

Disipáronse las nubes,
Rasgó la aurora su velo,
Y alzóse en el horizonte
Límpido el sol y sereno.

Al despuntar la mañana
 Bajó Rodrigo á su huerto,
 Por si del turbion los daños
 Necesitaban remedio,
 Y ocupado en tal faena
 Estuviera largo tiempo,
 Si, pálido y tembloroso
 Desde el postigo entreabierto
 No le llamára el criado,
 Más que con voces, con gestos.
 Atajándole el camino
 Marchó rápido á su encuentro,
 Y Gil, al verle delante,
 Su mano derecha asiendo,
 El pórtico de la ermita
 Le señaló con el dedo.

—Serénate, Gil, no tiembles,
 Y habla pronto, por el cielo,
 Dijo Rodrigo. ¿Qué pasa?
 —Que quisiera haberme muerto.
 Señor, que nos han robado.
 —¿Cómo? ¿Quién?

—Vais á saberlo,

Si en este papel lo ha escrito
 El infame que lo ha hecho.

Forzada encontré la puerta,
 Y en el sitio del dinero
 Esto es todo lo que habia,
 Tomad, señor, y leedlo.
 Clavó Rodrigo sus ojos
 En el papel un momento,
 Y con voz firme, aunque sorda,
 Dijo, acercándose al viejo :
 — Vas á oir, pero tu vida
 Responde de mi secreto. —
 Despues se apoyó en la piedra,
 Apretó contra su pecho
 Al pobre Gil, que lloraba,
 Y leyó, de rabia trémulo :

— Padre, lo siento por vos;
 Vine á la casa de Dios
 Á tomar y no á pedir ;
 Cuenta es ésta que al morir
 Ajustarémos los dos.

Por atender á mi medro
 Al nuevo templo he robado
 La limosna, y no me arredro ;
 Una vez que está sentado

Bien puede esperar San Pedro.

—
 Parto para no volver ;
 Si os conviene ó no callar
 Vos lo habeis de resolver ,
 Que quien nada ha de heredar ,
 Nada tiene que perder.—

—
 Enderezóse Rodrigo
 Y el papel dobló en silencio,
 Diciendo á Gil , cuyos ojos
 Eran raudales de fuego:
 — Ya conoces al infame.....
 — Sí tal.

—Pues bien , te aconsejo
 Que olvides cuanto ha pasado
 Como se olvidan los sueños.
 Ni al amigo en la hostería ,
 Ni al confesor en el templo,
 Reveles nunca ese nombre
 Que yo con vergüenza llevo.
 ¿Recuerdas lo que encerraba
 El cajon?

— Sí lo recuerdo ;
 Nueve mil quinientos reales,

Poco más ó poco ménos.
 Los contamos el domingo
 Y es mártes.

—Hoy no los tengo,
 Mas otro cajon te encargo
 Pues mañana hay que traerlos.
 — Pero Señor.....

—Esta casa,
 Mis ropas, cuanto poseo
 Es de la iglesia; yo solo
 La iglesia y la villa dejo.
 —¡ Don Rodrigo!.....

—De mis bienes
 ¿Sabes tú cuál me reservo?
 Pues es mi espada, la misma
 Que voy á esgrimir de nuevo.
 ¿Quieres, Gil, seguirme?

— Siempre
 Sigue el lebel á su dueño.
 —Entónces, no te detengas,
 Haz un cajon y un letrero,
 Y que mañana sin falta
 Resuelva el Ayuntamiento
 Quién ha de ser mayordomo
 De la ermita de San Pedro.

II.

¡Qué bella va la fragata
Sobre las olas dormida,
Por el céfiro impelida
Entre festones de plata!
¡El mar azul la retrata
Con tranquila majestad,
Y en aquella soledad
Parece un ave gigante
Que busca el nido distante
Colgado en la inmensidad!

Las tropicales regiones
Dejo, de hermosura llenas,
Al crujir de sus entenas
Y al tronar de sus cañones.
Serenatas y canciones
La ofrecen grato rumor,
Y el marino soñador
Ve dibujarse en las olas
De las playas españolas
El contorno seductor.

Baterías y sollados
 Limpios cual oro bruñado,
 Son albergue reducido
 Á grumetes y soldados.
 Juegan algunos sentados
 Y beben otros de pié;
 Hay quien sin saber por qué
 Se encoleriza y bravea,
 Y hay quien rezando pasea
 Lleno de cristiana fe.

—
 Gentiles y caballeros
 Por la presencia y la ropa,
 En el alcázar de popa
 Conversan tres caballeros.
 Amores y desafueros
 Narran uno de otro en pos;
 Y—¡ osados fuisteis los dos—
 Dice el tercero iracundo,
 Pero sólo con el mundo,
 Y yo con él y con Dios!

—
 —¿Hasta á Dios movisteis guerra?
 —Hasta á Dios.

— Es divertido.

—Relatadnos cómo ha sido.

—Es cuento para la tierra.

Enigmas que el alma encierra

Porque los teme quizas,

Sombras que quedan atras.....

—Pues vaya, si eso os da miedo

Hablad de amores.....

—No puedo.

—¿No habeis amado?

—Jamás.

—

Niño, mi madre perdí;

Jóven; mi patria dejé:

Un padre tuve, y no sé

Si lo tengo, pese á mí.

Errante y pobre me vi

Y la suerte me ayudó.

—¿Volveis pues á casa?

—No;

—Entónces, ¿quién os arroja

Á España?

—¿Sabe la hoja

Por qué el viento la arrastró?

—

—Mas, pesadumbres á un lado
Dejemos.....

—¿Qué pensaria
De vuestra antigua osadía
El que os hubiera escuchado?
—No lo sé, mas si dudado
Hubiese de mi poder,
Lo cierto al llegar á ver
Pronto á su costa supiera
Que contra toda quimera
Sé luchar y sé vencer.

—
Y tras un cortés saludo
El hidalgo fanfarron
La escalera del salon
Bajó pensativo y mudo.
Con rostro un tanto ceñudo
Los otros le vieron ir,
Luégo la seña al oír
Que les llamaba á almorzar
Juntos echaron á andar
Y rompieron á reír.

¿Qué nave es aquella nave
Que en las sombras de la noche
Desmantelada y sin rumbo
Hacia los abismos corre?
Fiera borrasca sus lonas
Ha convertido en jirones,
Y crujen sus masteleros
Del huracan al azote
Cual si de nuevo sintieran
Del hacha los rudos golpes.
Ya encaramada se mira
De las olas en el borde,
Ya como cetáceo herido
Bajo la espuma se esconde.
¿Quién en aquel triste leño
La fragata reconoce,
Donde hace poco sonaron
Serenatas y canciones?
¿Quién creyera tal mudanza
Cuando, limpio el horizonte,
Toda era arrullos la brisa
Y el cielo todo fulgores?
De soldados y grumetes
Ya no se escuchan las voces;
Sólo rondan los vigías,

Ó del tambor al redoble
Trabajan los marineros
Cazando gavias y foques.
Impávido el comandante
Da desde el puente sus órdenes
Haciendo al pasaje todo
Bajar á los camarotes.
Mas álguien con el mandato
No debe estar muy conforme,
Pues junto al timon oculto
Vela silencioso un hombre.
Aunque la sombra le ampara
Se adivina por su porte
Á un hidalgo bien nacido
Ni muy viejo ni muy jóven.
Agarrado está á una cuerda
Para que el mar no le arrolle
Cuando la cubierta barre
Salpicando hasta los topes;
Y en el temblor de sus labios,
Y en sus pupilas inmóviles,
Se ve que medita ó sueña
Y lo que habla en sueños oye.
—Piedad, murmura, ¡ Dios mio!
No tus iras amontones

Sobre el pecador, que humilde
Hoy con el pasado rompe.
No es el amor á una vida,
Que consumí ciego y torpe
En criminales empresas
Y en desatentados goces,
Lo que mi razon alumbra
Y hace que ante tí me postre,
Es que tu grandeza veo,
Y me abruma el peso enorme
Que en este supremo instante
No hay conciencia que soporte.
Que yo tu bondad conozca,
Que yo tu poder adore,
Y todo cuanto me diste,
Ambicion, riqueza, nombre,
Arrojaré en tus altares
Apénas la tierra toque.
Y si no merezco tanto
Y tumba aquí me dispones,
Recibe clemente y pío
El alma que á tí se ácoge.—
Y esto diciendo el hidalgo
Como en éxtasis quedóse,
Del huracan y las olas

A los trágicos acordes.

Una semana más tarde,
Cuando con lengua de bronce
Saludaba la Giralda
Del nuevo sol los albores,
Quebrando apenas del Bétis
Las claras ondas veloces,
La fragata se mecia
Del Oro al pié de la Torre.

De un arrabal de Sevilla
En la calle más poblada,
De jardines circundada
Y hermosa al par que sencilla,
Se alza una alegre mansion,
Vivienda á un tiempo y taller,
Que al barrio causa placer
Y á veces admiracion;
Pues en la penumbra oscura
De un cuarto bajo y desnudo
Lucir se ven á menudo
Maravillas de escultura.
De esta casa siempre abierta
Como artístico pensil,

Una mañana de Abril
 Llamó un hidalgo á la puerta :
 Y al sonar un — adelante—
 Siguiendo á un mozo la pista,
 Pronto se halló del artista
 Frente á frente el visitante.
 — Si acaso os he de estorbar —
 Murmuró.....

— De ningun modo;

Á serviros me acomodo
 Si algo teneis que mandar.
 — Si este vuestro taller es,
 Y me cabe tanto honor,
 ¿ Hablo con el escultor
 Juan Martinez Montañes ?
 — Dispuesto siempre á agradaros,
 Señor.....

— Martinez, os ruego

Me llameis sólo Don Diego
 Y oigais por qué vine á hablaros.
 De las Indias llegué aquí
 Há poco, y no es maravilla
 Si cuanto ofrece Sevilla
 De notable, recorrí.
 Cien cosas viejas y nuevas

A cual más bellas he visto,
Mas ninguna como el Cristo
Del convento de las Cuevas.

De esa imagen celestial
La huella en el alma tengo,
Y ansioso á pedirlos vengo
Que me labreis otra igual.

— Una guardo á medio hacer
Que costará, bien contados,
Unos quinientos ducados.

— Con mil pagada ha de ser.

— Don Diego, tan alto honor.....

— Sois vos el que me le dais,
Sin duda porque ignorais
Lo que os estimo el favor.

Quedamos, pues, en los mil.

— ¿Y os corre prisa?

— Hoy es tres.....

¿Qué plazo pedís?

— Un mes.

— Volveré pasado Abril.

Y del convenio en señal

Sirva este anillo.....

— Guardadlo.

— Como recuerdo tomadlo

De amistad franca y leal.
 — Entera la pongo en vos.
 — De ella mi esperanza fio.
 -- Dios os guarde, señor mio.
 — Artista, que os guarde Dios.

—
 El barrio estaba desierto,
 Dobló la tapia del huerto
 El buen hidalgo al salir,
 Y dijo: — Si Andres ha muerto,
 Diego comienza á vivir.

III.

Grandes fiestas se disponen
 De Vergara en el lugar,
 Que es San Zoilo, y de San Zoilo
 Viene San Pedro detras.
 Enjalbegada de nuevo
 La ermita del Santo está,
 Y cubre un arco la puerta
 De verbena y de arrayan.
 Tambien la casa inmediata
 Luce encima del portal

Los faroles que sirvieron
 Para la Natividad ;
 Y aunque á docenas las rosas
 Se ven al pié del altar ,
 Por miedo á que se marchiten
 No han venido muchas más.
 Diligente el mayordomo
 Anda de aquí para allá,
 Cuando le detiene un chico
 Diciéndole : — Don Beltran,
 Por vos pregunta un sujeto
 Que os quiere en seguida hablar.
 — ¿ Trae algo ?

— Un carro cargado

Y alguna gente de paz.
 — Dile que pase adelante.
 — Señor cura, vedle ya. —
 Llegóse el recién venido,
 Y con cristiana humildad,
 Besando al padre la mano,
 Habló así : — Buen capellan,
 Unas palabras oidme
 Si no lo tomáis á mal.
 Dejé una cuenta pendiente
 Con San Pedro años atras,

Y pues sois sú mayordomo,
Con vos la debo saldar.
Aquellos hombres que guía
A vuestra casa un rapaz,
Cuatro cajones conducen
Que á vüestra vista ábrirán.
El más grande encierra un Cristo
Que en ofrenda de piedad,
A nombre de un muerto, quiero
A la ermita regalar.
Colocado á la derecha
Del Santo Patron será,
Donde tiene la limosna
Para el templo su caudal,
Y donde siglos de siglos
Muestre su divina faz.
De las tres cajas restantes,
Que calculo contendrán
Unos ocho mil doblones,
Pues no los quise contar,
A los pobres de la villa
Repartid lo que querais,
Y para la iglesia nueva
El sobrante destinad.
— Que Dios, señor, os lo pague.

Buscan los turcos piratas,
Y donde esta vez al ménos
Halló castigo su audacia,
Pues la gente vizcaína
No fué en el combate blanda.
Antes de bajar á tierra,
Y entre vítores y salvas
Á visitar sus heridos
El bravo Almirante baja.
Cuatro ó seis soldados viejos
Le siguen y le acompañan
Hasta el oscuro sollado
De la nave capitana.
No son los heridos muchos,
Por fortuna ó por desgracia,
Que sobre el puente tuvieron
Dos veces á la canalla,
Y es, si corsarios le asestan,
Golpe seguro el del hacha.
De todos noticias pide,
Á todos atiende y habla,
Compadeciendo al que sufre
Y animando al que desmaya.
Para acabar su visita
Uno tan sólo le falta,

Mas de él al ponerse enfrente
Y al iluminar su cara,
Salió del cerrado grupo
Un hondo — ¡ Jesus me valga!
Volvióse rápidamente
Y con voz grave y pausada:
— Mi buen Rodrigo de Urbietta,
Dijo el General — ¿ qué pasa?
— Señor, que sueño sin duda,
Que mi corazón estalla,
Que siento subir al rostro
Olas de sangre y de lágrimas,
Y que pregunto á ese herido
Quién es y cómo se llama.
— No contesta el que no escucha —
Murmuró con ruda calma
Un enfermero impasible,
Que junto al lecho se hallaba.
— Desmayado está don Diego,
Á quien la vida se escapa
Por tres heridas mortales,
Pero ninguna en la espalda.
— ¡ Le conoceis, según eso?
— ¡ Que si le conozco, vaya!
Somos, señor Almirante,

Amigos y camaradas.

Yo le he enseñado el oficio

Cuando se alistó en la escuadra.....

— ¿Hace mucho?

— Hace diez meses;

Nuestro barco era la *Laura*,

Mas como éste se ha ido á pique

Hemos mudado de casa.

— ¿Y sabes, dijo Rodrigo,

Su procedencia y su patria?.....

— Sé que se nombra don Diego

Solamente, mas, cachaza,

Que á volver en sí comienza,

Y, si no ha perdido el habla,

Hombre es que responde á todo,

Muy sereno y en voz alta.—

Del lecho á la cabecera

Recostóse Vidazábal,

Asió á Rodrigo las manos

Que entre las suyas temblaban,

Y haciendo los demas corro

Inmóviles como estatuas,

Pronto del mar y el aliento

Llenó el susurro la estancia.

—

La frente el herido alzó :
 —Tengo sed ; ¡agua! gritó ;
 Despues, como recordando,
 La diestra á la sien llevando
 Al General saludó.

— Agua pide, y aquí está ;
 Contra el dolor enemigo
 Remedio tal vez será ;
 Dásela tú , buen Rodrigo,
 Y él te la agradecerá.

—Tomad y bebed , hermano,
 Dijo el que el vaso ofrecia ;
 Tendió don Diego la mano,
 Y al ver que el llanto corria
 Por el rostro del anciano :

Un grito lleno de horror
 De esperanza, de temor,
 De cuanto inspiran al alma,
 El arrebató y la calma
 Y la duda y el amor,

Brotó del herido pecho
 Del desventurado Andres,
 Que, vacilante y maltrecho,
 Cayó desde el alto lecho
 De don Rodrigo á los piés ;

—

Gritando en la fiebre ardiente
 De su loco frenesí :
 — No me maldigas, detente :
 Dejo de una cruz pendiente
 Quien responderá por mí.

—

Él al desdichado ampara,
 Él, á las ofensas pío,
 Perdona al que las repara ;
 Él me espera, padre mio,
 En San Pedro de Vergara! —

—

Oyóse un ronco estertor
 Y una plegaria á la par :
 Luégo, en confuso rumor,
 Los gemidos del dolor
 Y los gemidos del mar.



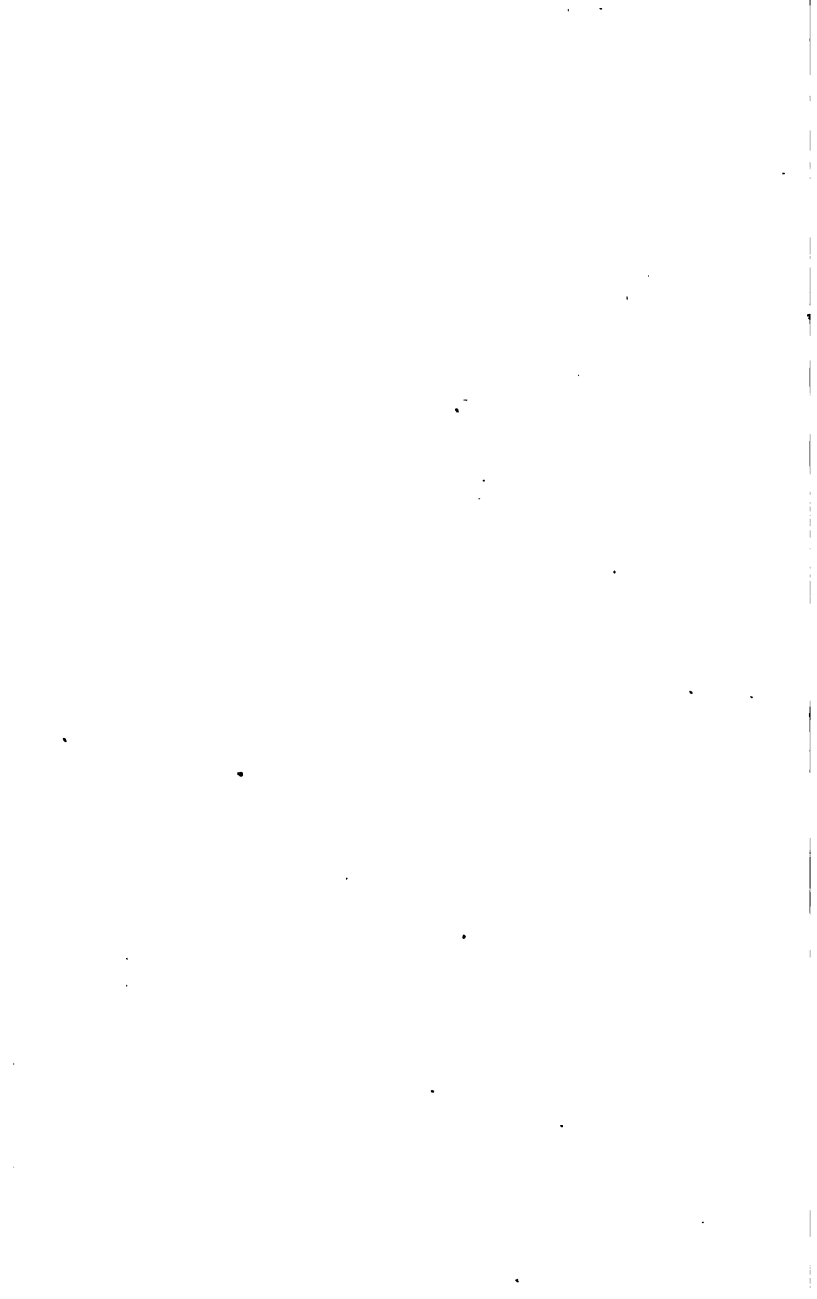
LOS VIENTOS.

ARGUMENTO DE UN POEMA.

Á PEPE NAVARRETE,

EN MEMORIA

DE NUESTROS ALEGRES DIAS DE CÁDIZ.





LOS VIENTOS.

ARGUMENTO DE UN POEMA.

Á orillas del mar.

Es alta noche, y con atento oído
Te escucho murmurar ;
¿Qué me dice tu lúgubre gemido ?
¿De qué te quejas, mar ?

Lo mismo que en la vida, en tus espumas
Paz y combate hallé ;
Los dos teneis por horizonte brumas,
Y en vuestro fondo, ¿ qué ?

Risas de gozo, fúnebres lamentos,
Olas que yo bebí ;
¿Qué sois? Acaso lo sabrán los vientos
Que ruedan sobre mí.

EL AURA.

—

Me duermo en el capullo de las flores
Y acaricio la sien de las doncellas ;
¡ Soy el perfume de la vida humana ,
Soy la inocencia !

—

Corona de mi frente es el rocío
Que esmalta la pradera ;
La dulce inspiracion doy al artista,
Los lauros al poeta.

—

Entre nubes de nácar y de rosa
Tengo morada régia,
Y cuando alienta un ángel en el cielo
Desciendo yo á la tierra.

LA BRISA.

Vaga, impalpable, leve
Como el tranquilo arrullo
Que el labio de la madre
Prodiga á su rapaz :

Yo doy á los arroyos
El plácido murmullo,
Y animo de las selvas
La augusta soledad.

En mí busca consuelo
Quien de pesar suspira,
Del alma que combate
Yo templo el ciego ardor.

Yo soy cuanto florece,
Yo soy cuanto respira,
Mi templo es el espacio,
Mi símbolo el amor.

LOS CÉFIROS.

—

Las ilusiones somos
Que el alma llenan,
Y forman el encanto
De la existencia.
Lazo de flores
Que la ventura ahoga
Cuando se rompe.

—

Gloria, dicha, fortuna,
Fe y esperanza,
Escondidas llevamos
En nuestras alas :
Y en torno de ellas,
Los ángeles del sueño
Revolotean.

EL VENDAVAL.

Cuando llega el otoño, y la pradera
De su matiz despoja,
Yo soy quien llevo en rápida carrera
La última hoja.

Cuando el mortal feliz contempla en calma
Correr año tras año,
Yo soy quien en el fondo de su alma
Engendra el desengaño.

Nada hay que para mí sagrado sea,
Nadie que en mí no espere;
Sólo acato un poder, el de la idea,
Que cual yo nunca muere.

EL HURACAN.

Sobre los mundos paso y los conmuevo;
Mi voz es el aliento de Luzbel;
En mis entrañas la venganza llevo;
Soy mensajero de él.

Cónmigo van el luto y el espanto;
Yo nací de la furia y el error;
Mi placer es el mal, mi herencia el llanto;
Mi nombre es el dolor.

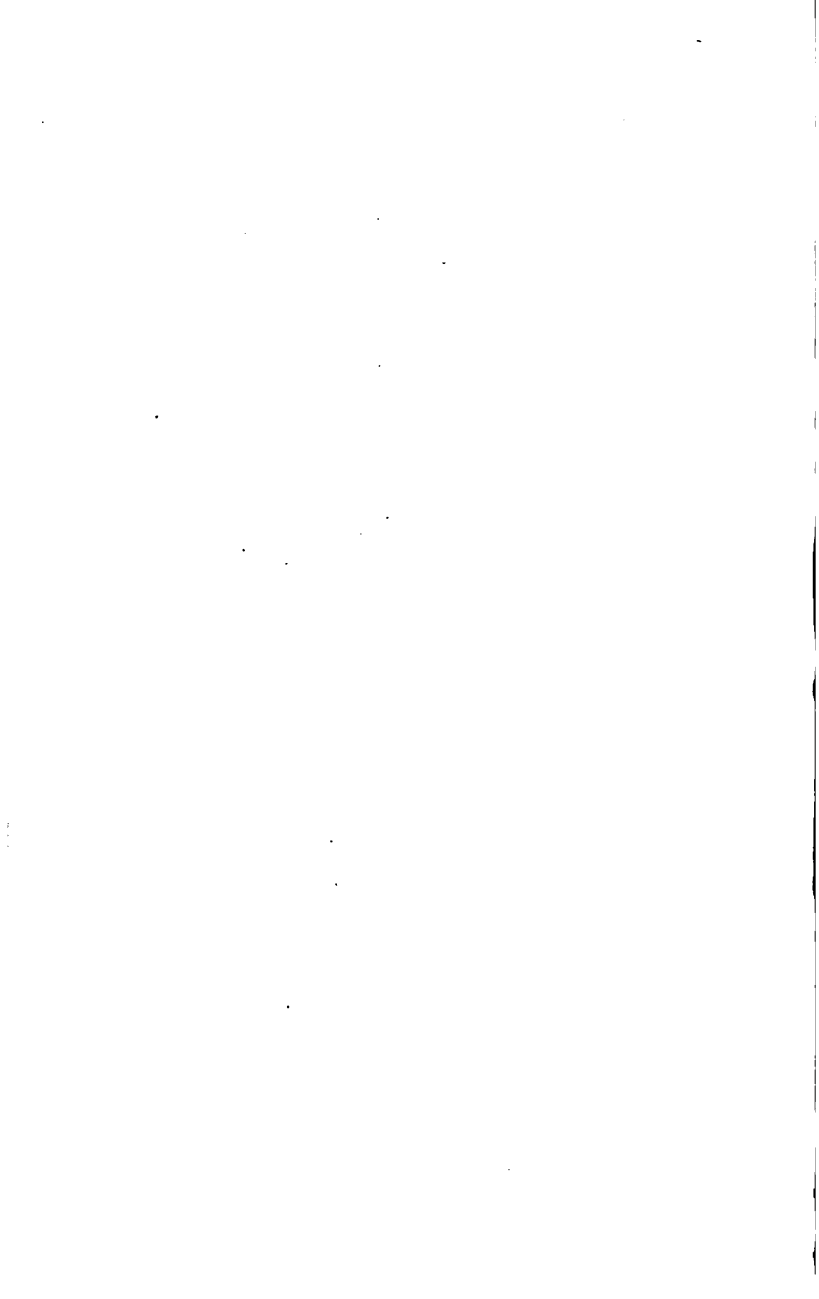
LA CALMA.

Soy la hiedra trepadora
Que vive abrazada al muro ;
Soy lo que un rayo de aurora
Para el horizonte oscuro ;
Aquel perfume divino
Que se siente y no se ve.

Madre soy de la ventura,
Bálsamo de toda herida,
Puerto de entrada segura
Cuando incierta va la vida
Por los mares del destino.....
Soy la calma, soy la fe.

Cádiz, 1866.





MONDUJAR.

LEYENDA GRANADINA.

**AL MAESTRO
DE POETAS Y AUTORES DRAMÁTICOS,
MANUEL TAMAYO Y BAUS.**





MONDUJAR.

LEYENDA.

I.

POR Isabel y Fernando,
Aun con los moros en lucha,
Gobierna Pedro de Zafra
El castillo de Mondújar.
Dominan de aquel castillo
Las atalayas robustas
De Lecrin el lugarejo
Y el valle que le circunda,
Y sus anchos murallones
Que verdes huertos ocultan,

De la ríscosa Alpujarra
Defienden las angosturas.
Muley Hacén el caudillo,
El de la mala fortuna,
Labró aquella fortaleza,
Á un tiempo alcázar y tumba,
Pues á su pié, y en la Rauda,
Segun tradicion vetusta,
Los monarcas nazaritas
Tuvieron su sepultura.
Cuando destronado y ciego
Buscó allí abrigo á la furia
Del Zagal, su propio hermano,
Alzado rey por las turbas,
Ni sus amenos jardines,
Ni sus pintorescas grutas,
Del pobre Hacén alegraron
Las amargas horas últimas,
Y en el rincon más desierto
De la torre más oscura,
Murió, bajo el peso hundido
De sus memorias confusas.

.
Han pasado algunos años;
No es ya la gente moruna

La que su pendon tremola
Sobre la tierra andaluza.
Dobló Granada rendida
Su cerviz á la coyunda,
Y ayes en vez de canciones
El Generalife escucha.
Y en vano fiero y rebelde,
Pidiendo al rencor ayuda,
De la Alpujarra bravía
Puebla el moro la espesura.
Que de la cruz las enseñas
Desde el valle se columbran,
Y en ausencia de su esposo
Es doña Guiomar de Acuña
El improvisado alcaide
Del castillo de Mondújar.

II.

Reina el silencio y la calma
En rededor del castillo;
Ni hay luz en los ajimeces,
Ni escuchas en el recinto.

Tan sólo en la plataforma,
Sobre el puente levadizo,
Se ve apoyado en el muro
Un hombre medio dormido.
Brilla en el cielo la luna,
Y su fulgor indeciso
Refleja en las blancas tiendas
Del campamento morisco;
Serpiente que en la llanura
Dilata sus mil anillos,
En la codiciada presa
Teniendo los ojos fijos.
Seis semanas van corridas
De apretado y rudo sitio,
Y á cada tenaz ataque
Mayor la defensa ha sido.
Comparten con la de Acuña
La victoria y el peligro
Cuarenta soldados fieles
Y ocho ó diez allegadizos,
Entre monteros y pajes,
Ó muy viejos ó muy niños.
Y á ejemplo de su Señora
Y en ódio contra el impío,
Cuando al fragor del asalto

Se conmueven los rastrillos,
 Hasta las dueñas pelean,
 Ya con armas, ya con gritos.
 En tanto Pedro de Zafra
 Vive en Córdoba tranquilo,
 De los Católicos Reyes
 Siempre al mandato sumiso,
 Sin que le lleguen mensajes
 Ni le alarmen vaticinios,
 Pues cuitas de la prudencia
 Las da el valor al olvido.

—
 Reina el silencio y la calma
 En rededor del castillo;
 Mas súbito lo interrumpe
 El rechinar de un postigo,
 Y una sombra que avanzando
 Como quien sabe el camino,
 Junto al hombre se detiene
 Que hace lecho el duro risco.
 Sueño ligero es sin duda
 El suyo, pues dando un brinco,
 Ya está despierto y armado
 Al combate apercebido.
 —Bien, Martín, así te quiero,

La voz de la sombra dijo.

— Mi voluntad nunca duerme,

Señora, sin mi permiso.

— Nada ocurre?

— Nada bueno ;

Hácia la orilla del rio

Levantarse nuevas tiendas

Durante la noche he visto.

— Refuerzos para el rebelde.

— Me es igual cuatro que cinco.

— Cuatro mil eran ya muchos.....

— Por eso me da lo mismo.

Morir mañana ó el otro

Todo es morir.

— ¿ Y si amigo

Diera el cielo á nuestros males

Con la esperanza el alivio?

— ¿ Qué decís, Señora?

— Escucha.

Ya sabes que Bernardino

Mi montero tiene en Béznar

Varios moros conocidos.

— ¿ Y bien.....

— Ayer uno de ellos,

Encargándole el sigilo,

Le rogó que hasta mis manos

Llegar hiciera un escrito.

— ¿De don Pedro?.....

— No es su letra.

— ¿Pero la firma?.....

— Es el signo

De la cruz quien la reemplaza.

— ¿Y dice?.....

— «Estad sobre aviso ;

Alguien piensa en socorremos,

Y si le abrís el portillo

De la huerta, ántes del alba

Acudirá en vuestro auxilio.»

— ¿Nada más?

— En la memoria

Guardo entero el pergamino.

— Si es un moro el que lo trajo,

Poco de moros me fio.

— Ni yo, pero en casos tales

El temor fuera delito,

Y asunto, Martin, es éste

Que quiero arreglar contigo.

Son las tres, toma la llave,

Y sin ser visto ni oído,

Abre la puerta, y conduce

Al hombre aquí ; yo vigilo.
 Por supuesto, que entre él solo.....
 — Sólo entrará, vive Cristo,
 Que uno siendo amigo es mucho,
 Y es nada siendo enemigo.

III.

Quedóse la Castellana
 Presa de angustia secreta
 Y fija en la barbacana,
 Por la llanura lejana
 Tendiendo la vista inquieta.

—
 Y miéntras sus negros ojos,
 Ya por la vigilia rojos,
 Miraban en derredor,
 De palabras y cerrojos
 Le trajo el viento el rumor.

—
 Pocos momentos despues
 Un bulto de otro seguido,
 Avanzó mudo y cortés,

Y de su dueña al oído,
Dijo Martín : — ¡ Éste es !

— Si sois vos doña Guiomar,
Licencia os pido de hablar,
Interrumpió el caballero :
— Hablad, más decid primero
Vuestro nombre.

— Soy Pulgar.

Y soltando el alquicel
Que le da aspecto africano,
El hazañoso doncel
Besó á la dama la mano
Cosa poco usada en él.

Tras esto se enderezó,
El puño izquierdo apoyó
De su espada sobre el pomo,
Y así con tranquilo aplomo
Á doña Guiomar habló :

— Trajo la fama hasta mí
El grave aprieto en que aquí
La rebelion os tenía,

Y hablando en algarabía
Entre el moro me metí.

De su raza me creyeron,
Y, sin saber lo que hicieron,
Á mis planes ayudaron,
Y con lo que me dijeron
Más á venir me alentaron.

Mi gente tengo apostada,
Y á una señal convenida
Será nuestra la jornada,
Bien impidiendo la entrada,
Bien guardando la salida.

Pulgar soy, y no os asombre,
Pero os juro sin braveza,
Que sólo oyendo este nombre
No queda mañana un hombre
Al pié de la fortaleza.

Vuestras órdenes espero.
¿Qué decís?

—Digo, Señor,
Y perdonadme primero,

Que os estimo caballero
Y os rechazo protector.

De Zafra soy compañera
Y su honor sostengo fiel ;
Si vuestro amparo admitiera
Fuerais vos, que yo no fuera ,
La que cumpliera con él.

Gracias os doy, buen Pulgar,
Y vuestro arrojo sin par
Vivo queda en mi memoria,
Mas de esta hazaña la gloria
Entera quiero guardar.

Y ahora, si acaso el salir
Nuevo riesgo ha de añadir
Al que habeis por mí afrontado,
Juradme no combatir
Y aquí os quedad á mi lado.—

Ya unos instantes hacía
Que Pulgar, de rojo que era,
Amarillo se ponía,
Y su mirada altanera

Fija en un punto tenía.

Cuando Guiomar acabó,
Como quien ahogar se siente
El caudillo respiró,
Limpióse luego la frente
Sudorosa, y replicó :

— Ni yo os conozco, señora,
Ni vuestras frases admito,
Ni á tratar vamos ahora
De hazaña que os enamora
Y que yo no necesito.

Ayuda vine á ofrecer
Por don Pedro y por el Rey:
Si no acerté á complacer,
Catad que cumplí una ley
Que obliga á los caballeros.

Vasallo he sido leal
Y en ello no busqué medro;
Si os es la suerte fatal,
Tratado habréis por igual
Al Rey, á mí y á don Pedro.

Y adios, que el alba risueña
 Luce su rostro encendido,
 Y el riesgo Pulgar desdeña ;
 Quien para dueño ha nacido
 Ni áun de vos puede ser dueña.—

Poniendo al diálogo fin
 Hernan-Perez echó á andar,
 Y empujada por Martin
 Se oyó otra vez rechinar
 La poterna del jardin.

IV.

Era don Pedro de Zafra
 Soldado de mar y tierra,
 En quien el valor tenía
 Por hermana la prudencia.
 Ora navegando en Flándes,
 Ora riñendo en la Vega,
 Lo mismo que en el Consejo
 Brillar supo en la palestra,
 Y cuando á suelo africano
 Fueron á esconder su pena
 El destronado rey moro

Y su noble descendencia ,
Escolta les dió don Pedro,
Dándoles al par con ella
La amistad que fortalece
Y el respeto que consuela.
Por eso entre los moriscos
Alcanza cuanto desea ,
Y está en Córdoba tratando
Con los Reyes la manera
De someter la Alpujarra
Ántes que el incendio prenda,
Y lo que ha nacido chispa
En un volcan se convierta.
Provisto , pues , de poderes
Y ofrecimientos en regla,
Dejó á Córdoba una tarde
Y á Granada dió la vuelta,
Donde con ira y asombro
De su mujer tuvo nuevas,
Que bien comprender le hicieron
Lo apurada que se encuentra.
Para remediar el daño,
De Dúrcal tomó la senda ,
Pueblo que sólo distaba
De su castillo una legua.

Mas en vano el cumplimiento
 Reclamó de antiguas deudas ;
 En vano de sus servicios
 Fué á exigir la recompensa ;
 Á sus frases de concordia ,
 Tan dignas como sinceras ,
 Del moro le contestaron
 Los alaridos de guerra.
 Pidió entónces á sus Reyes ,
 En vez de razones fuerzas ,
 Y miéntras tanto , á su esposa
 Hizo llegar estas letras :
 — « Si Pedro no está mañana
 Á tu lado , por él reza ;
 Mas cuando el rezo concluya
 Que prosiga la defensa. »

—
 Inmóvil y pensativa ,
 Recostada en una almena ,
 De Lecrin el ancho valle
 La castellana contempla.
 En grupo inquieto y curioso
 Varios soldados la cercan ,
 Y en torno de la muralla
 Ceñudo Martin pasea.

Sentadas en duro banco
 Murmuran dos ó tres dueñas,
 La negra noche que avanza
 Haciendo mucho más negra,
 Y el relámpago que alumbra
 Los contornos de la sierra,
 Sobre los objetos todos
 Vierte lividez siniestra.

—¿Veis algo?—con tono rudo
 Y alargando la cabeza,
 Dijo Martin á la turba
 Que á doña Guiomar rodea.

—¡Nada!—contestó un arquero
 De faz curtida y morena ;—
 Sueño fué sin duda.....

— Lope,
 El que no duerme, no sueña.
 Yo lo he visto, y mi señora
 Lo ha visto tambien.

—Pluguiera
 Á Dios que te equivocáras,
 Pero es cierto.

—¿Y no recuerdas
 Por qué camino tomaron?.....
 —Sí, Martin, la historia es ésta :

Del Homenaje en la torre
 Me hallaba de centinela,
 Viendo los reflejos últimos
 Del sol perderse en la Vega,
 Cuando hácia el lado de Dúrcal
 De polvo entre nube densa
 Doce ó catorce jinetes
 Descubrí en traje de guerra.
 Cristianos me parecieron,
 Y segun todas las señas,
 Al fuerte se dirigian.....
 ¿Cómo será que no llegan?
 —Tan cerrada está la noche—
 Murmuró Guiomar inquieta —
 Que es fácil hayan perdido
 De los senderos la huella.
 Juntad, Martín, nuestros hombres,
 Elegid los que os parezca,
 Y reconoced el campo
 Si no hay enemigos cerca.—
 Y esto diciendo, sentóse
 Doña Guiomar en la piedra,
 Queriendo con sus miradas
 Aclarar la sombra espesa.

Largo rato inútilmente,
Á favor de las tinieblas,
Martin y sus camaradas
Escudriñaron las sendas.
Sólo un pastor á la aurora,
Desde su choza desierta,
Divisó en una angostura,
Como la traicion estrecha,
Once cadáveres juntos
Cuyas mutiladas diestras
Once espadas oprimian
Tintas en sangre agarena.
Aleve fué la emboscada
Y heroica la resistencia,
Mas allí cayó don Pedro
Luchando como un atleta,
Y allí los diez servidores
Que de fieles dieron prueba.
Mano piadosa y cristiana
Sepultó en la fortaleza
Los mártires valerosos
De la hecatombe sangrienta;
Y cuando al siguiente dia,
Redoblada su impaciencia,
Dió al castillo nuevo asalto

La multitud que lo asedia,
 Pudo el que avanzó el primero
 Ver coronando la almena
 De doña Guiomar de Acuña
 Las flotantes tocas negras,
 Y escuchar clara y distinta
 Voz que el corazón le hiela,
 Gritándole desde el muro:
 —¡ Maldito! ¡ maldito seas!

V.

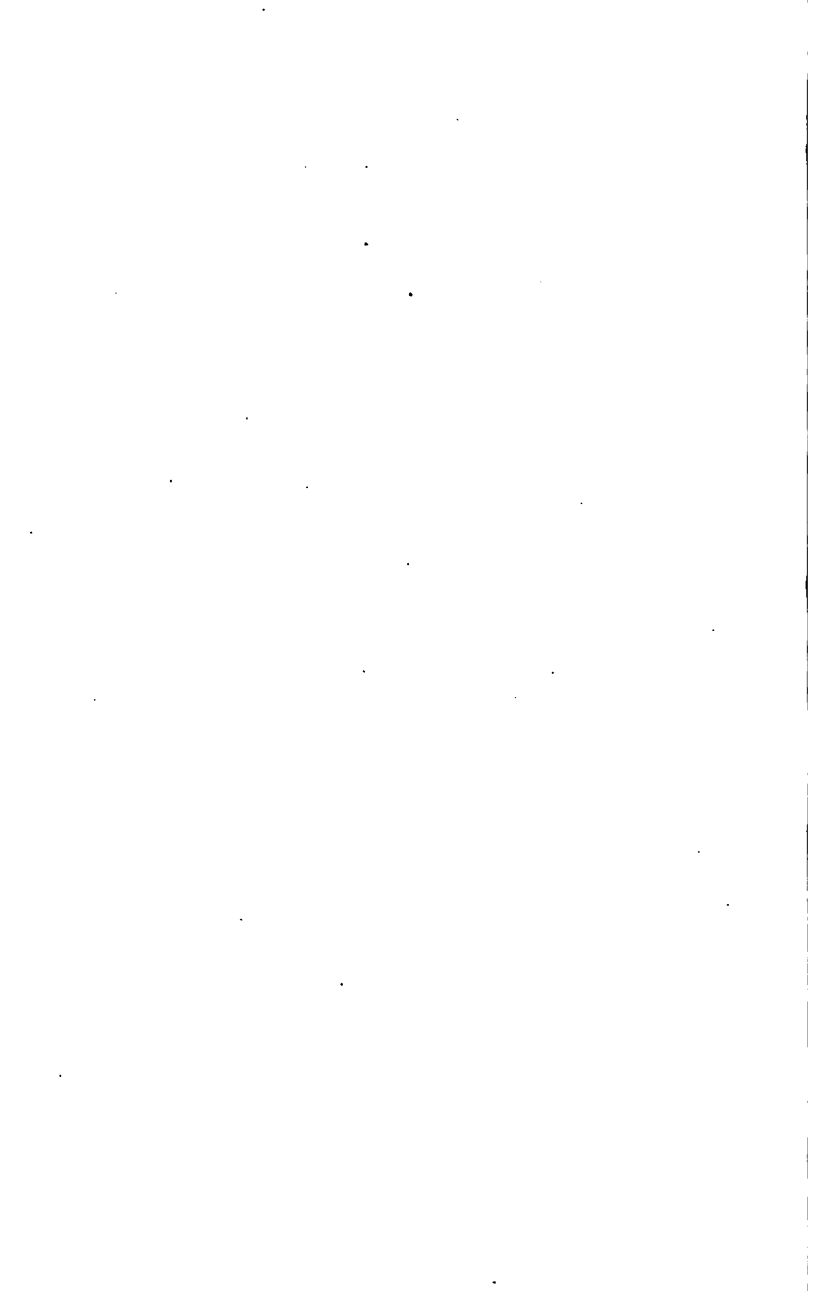
Llegó á Córdoba el aviso
 De catástrofe tamaña,
 Y su ejército movieron
 Los Católicos Monarcas.
 De jinetes y peones
 Con una lucida escuadra
 Partió don Alonso Tellez,
 Por voluntad soberana,
 Á socorrer á Mondújar
 Honrando á Pedro de Zafra.
 No fué el socorro preciso,

Que sólo al saber su marcha,
 Desbandados los rebeldes ,
 Huyeron á la montaña.
 Por lo cual , metiendo dentro
 Guarnicion segura y brava,
 El castillo dejó Tellez,
 Y con él la castellana.
 Á la córte fueron ambos,
 Pues los Reyes les aguardan,
 Y allí encontró la de Acuña
 Tal concierto de alabanzas,
 Tanta copia de bondades
 Y tal número de gracias,
 Que empezó por recibirlas
 Y concluyó por llorarlas.

Hoy de aquella fortaleza,
 Sepulcro á un tiempo y alcázar;
 De aquellos huertos floridos
 Que el ambiente embalsamaban ;
 De aquellos robustos muros,
 De aquellas ricas estancias,
 Quedan informes peñascos
 Unidos por la argamasa ;
 Alguna higuera bravía

Que con amor los abraza,
Y un cristalino arroyuelo
Que del roto aljibe mana,
Donde, al declinar la tarde,
Bajan á beber las águilas.



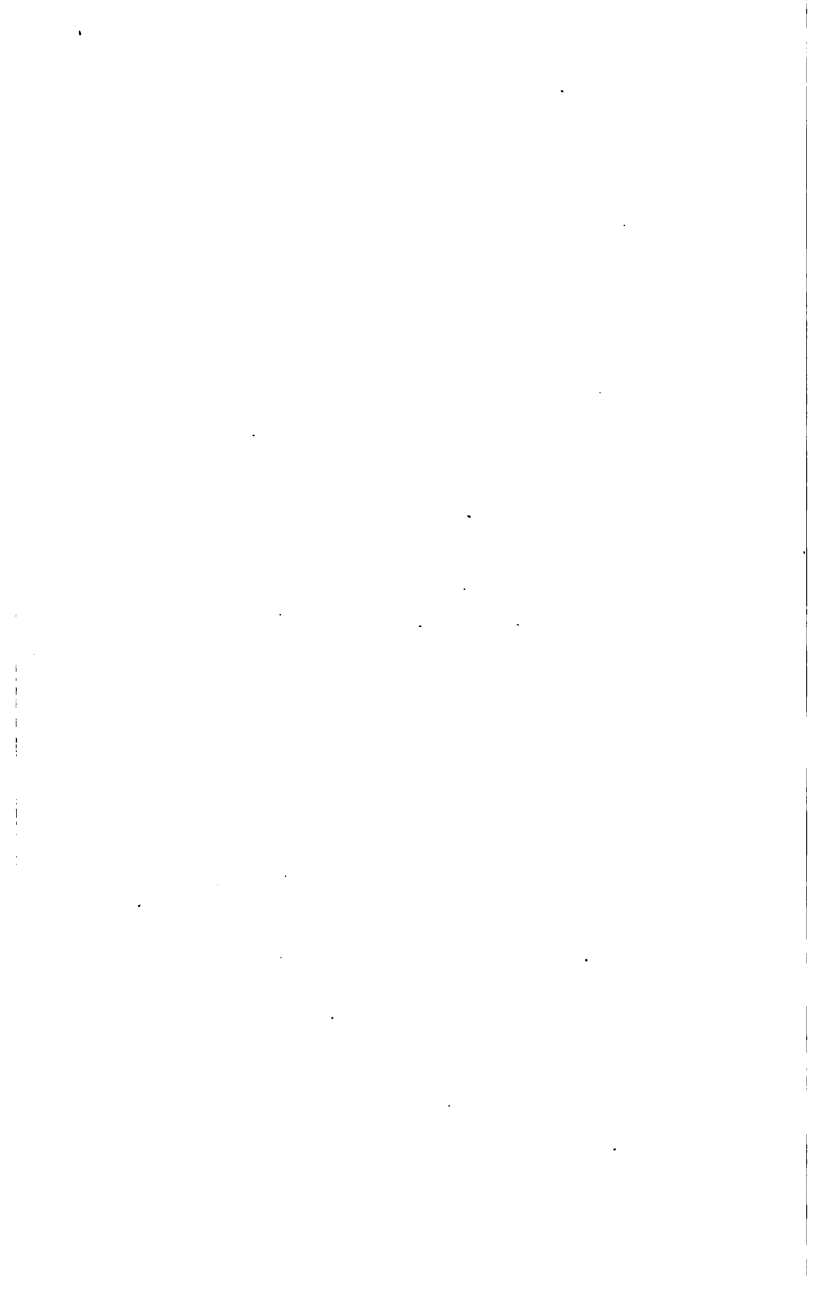


¡IMPOSIBLE!

P O E M A .

AL

INIMITABLE AUTOR DE LAS **DOLORAS**,
RAMON DE CAMPOAMOR.





¡IMPOSIBLE!

POEMA.

DEDICATORIA.

Mi querido Ramon: Pocos favores
He debido á la pícara fortuna
Tan gratos para mí, ni seductores,
Como el cuento de amores
Llamado *Los Amores en la luna*.
Con sin igual empeño,
Una, dos y tres veces lo he leído,
Soñé con él, y al despertar del sueño,
Tu poema pequeño,
Grande como el *Antar* me ha parecido.
Y á fuer de agradecido,
Queriendo á tu amistad rendir tributo,
Voy á ver si me salgo con mi tema
De ofrecerte un conato de poema
Pequeño, muy pequeño, diminuto.

PROLOGO.

Oculto entre el follaje de la vega,
Morisco por su traza y por su adorno,
Hay de Granada en el sin par contorno
Un cármén que el Genil fecunda y riega;
Quien á su puerta llega,
Estrago y soledad y sombra mira;
Todo allí al alma compasion inspira,
Por la rota pared el viento pasa,
Y en el hundido patio de la casa
La fuente melancólica suspira.
Seis lustros hizo ya que en una fiesta,
Cansados de vagar á pié y en coche
Por la gentil floresta
Llenándola de amor y de ventura,
Dimos varios amigos una noche,
Con aquella mansion triste y oscura.
¡Noche feliz y breve
Cuyo recuerdo vive en la memoria!
La brisa fresca y leve
Los dormidos cipreses arrullaba,

Y á lo léjos, en dulce murmurio,
 Solemne se escuchaba
 Esa jamas interrumpida historia
 Que á peñascos y flores cuenta el rio.
 De un viejo cedro el colosal ramaje;
 De las estrellas el fulgor incierto;
 El graznido salvaje
 De algun ave nocturna, sorprendida
 Por insólito estruendo inesperado,
 La imponente belleza del paisaje,
 Todo en aquel desierto,
 Á un tiempo encantador y desolado,
 Convidaba á los goces de la vida
 Por lo mismo quizá que estaba muerto.
 Y de la luna el rayo tembloroso,
 Y de la selva la quietud augusta,
 Llevaban al espíritu en reposo
 La vision que seduce y la que asusta.

Movido por mi ardiente fantasía,
 Por misteriosa voz tal vez llamado,
 Á la puerta corrí que me atraía,
 Y del azar ó de la luz guiado,
 Penetré en una vasta galería.
 Su rico alicatado

Perdido los colores aún no había,
 Y en esbeltas columnas se apoyaba,
 Donde la yedra el mármol encubría
 Y la silvestre higuera vegetaba.
 Allá en el fondo oscuro,
 Como adosado al muro,
 Un gallardo templete descollaba,
 Cuya bóveda, en parte por el suelo,
 Ver á trozos dejaba
 La bóveda magnífica del cielo.
 Miraba yo con ojos asombrados
 Aquel nido de amor seco y vacío,
 Cuando de un ajimez en los calados
 Distinguí vagamente
 Un papel, sobre el cual mi desvarío
 Adivinó impaciente
 Algunos caracteres ya borrados:
 Cogfle; entre sus pliegues escondía
 Un rizo de cabellos perfumados,
 Y el polvo al sacudir que le cubría,
 En letra á duras penas perceptible,
 Vi que el papel decía
 Esto, ni más ni ménos: « ¡Imposible! »

La voz de mis amigos,

Sacándome del éxtasis profundo
 En que todo mi sér se sumergia ,
 Me llamaba al descanso y á la cena ;
 Yo estaba allí sin miedo, sin testigos,
 Y preparado á disputar al mundo
 Aquella posesion de encantos llena,
 La oprimí con furor entre mi mano,
 Cerca del corazon le abrí morada,
 Y más dichoso que Colon y Elcano
 Al encontrar la tierra suspirada,
 Con el terrible peso del arcano
 Volé á aspirar el aura embalsamada.

La historia os contaré de esos cabellos;
 Conservados por mí como un tesoro,
 Vieron mis travesuras y amoríos:
 ¿Dónde están hoy? Lo ignoro.....
 ¡ Ay! ¡ pero guardo de ellos
 Más memoria quizá que de los míos !

I.

Vástago y heredero,
 De noble tronco y de florida rama,

Con mucha juventud, mucho dinero,
Y un apellido que ilustró la fama,
Era don Luis Chacon, en los albores
Del siglo que áun avanza y ya declina,
Modelo de mancebos seductores
Y gala de la gente granadina.
Hermoso, audaz, sereno,
Nacido en la abundancia y el regalo,
Jamás á sus caprichos puso freno,
Ni distinguió lo bueno de lo malo,
Ni separó lo malo de lo bueno.
Nunca por peligrosa
Dejó de acometer humana empresa,
Y en la lid amorosa
Sufrir pudo su cuerpo alguna cosa,
Pero lo que es el alma salió ilesa.
De su pasión al fuego
Cien pobres corazones se quemaron;
Mas ni la injuria, ni el desden, ni el ruego
El amor de su pecho despertaron;
Pretender, conseguir, olvidar luégo:
Sólo estos tres placeres le ocuparon;
Que hay quien del mar en el abismo boga,
Y hay quien en una lágrima se ahoga.

Vivia por entónces, si no miente
La tradicion, nuestro galan bizarro,
Junto á un antiguo puente,
Donde va á terminar precisamente
La Carrera de Darro;
Y no léjos del lóbrego y sombrío
Palacio de Chacon, que retrataba
De otra edad la grandeza y poderío,
La iglesia de San Pedro se elevaba,
Minados sus cimientos por el rio.
La madre de don Luis, santa señora,
La vivienda feudal ennoblecia,
Y en más de una ocasion, cuando á la aurora
La vieja puerta rechinar se oia,
Se hallaban de improviso y á deshora
Uno que entraba y otra que salia;
Ella, al templo á rogar por el que adora ;
Él, desertor acaso de la orgía.
La madre placentera
Olvidaba, al mirarle, su amargura;
Él, cual si de su error se arrepintiera,
Le besaba la mano con ternura,
Y en el beso quedaba toda entera
Esa parte de fiera
Que tiene en sí la humana criatura.

Otras veces , llorando
 Llamábale hácia sí la pobre anciana,
 Y casi suplicando
 Le decia: — «Mi Luis, piensa en mañana.
 No olvides mi consejo,
 Único bien de cuantos bienes dejo:
 Para gozar de la pasion mentida,
 Basta un solo momento de la vida;
 Para un afecto dulce y sosegado ,
 Toda la vida es plazo limitado.»

—
 Pero ¡ay! que ni ternezas, ni sermones,
 Ni votos, ni oraciones,
 Pueden hacer, al ménos entre gentes,
 Que caminen despacio los torrentes.
 Pese á una y otra prueba,
 Don Luis de sus caprichos es vasallo,
 Y no hay de Puerta Real á Plaza Nueva,
 Ni caballo mejor que su caballo,
 Ni manceba mejor que su manceba.
 Y una vez que, movido
 Por no sé qué intencion ó qué locura,
 Pensó en hacerse monje, y decidido
 Dijo á su madre que llamára al cura,
 En un papel firmado

Quiso escribir sus faltas el primero,
 Y, sin haber su escrito comenzado,
 Retrocedió espantado
 Al asomarse al borde del tintero.
 Armiño de una especie diferente
 Que, tímido á su modo,
 Halla más grato perecer en lodo
 Que mojarse la piel en la corriente.

Llegó á ser tal y tanta
 De la madre infeliz la desventura,
 Tanta la soledad de que se espanta,
 Y tanto el duelo que incesante apura,
 Que, buscando agradable compañía,
 Hizo venir de un pueblo comarcano
 Una muchacha que, en aciago día
 La encomendó, al morir, su noble hermano,
 Y que feliz vivía
 Hija creyendo ser de un pobre anciano,
 Cuya mujer la amamantó á su pecho
 Y en cuya casa halló comida y lecho.
 Gracia, que así la jóven se llamaba,
 Al mandato acudió de su señora,
 Y ésta, que ya la amaba,
 Por el hermano, cuya muerte llora,

Como benigna madre la trataba
 Al verla tan gentil y seductora.
 ¡Y era la lugareña
 Digna de tal merced! Nunca la aurora
 Al derramar sus fúlgidos destellos
 Iluminó una frente tan risueña,
 Ni una boca tan linda y tan pequeña,
 Ni unos ojos tan negros como aquéllos:
 Cuando al llegar vestida de estameña,
 Y en dos trenzas partidos los cabellos
 Penetró de Chacon en la morada,
 Cuantos pajes y hujieres la miraron
 Humildes se inclinaron
 Creyéndola una reina disfrazada.
 Sólo don Luis, cual siempre entretenido,
 Al decirle una vez de sobremesa
 — ¿No quieres ver á Gracia, que ha venido?—
 Respondió: — ¿Para qué? lo he conocido
 En que siento el olor á la dehesa.—
 Gracia lo supo, y devoró el ultraje;
 El tiempo fué pasando;
 Mudó la niña de apariencia y traje;
 Su acento, que era rudo, se hizo blando;
 Hasta que una mañana
 Que á la iglesia cercana

Su señora á buscar se dirigia,
 Con ira soberana
 Vió que don Luis ansioso la seguia.
 Del atrio en los umbrales
 La alcanzó, y atrevido
 —Tomad, dijo, esta rosa que os ofrezco;—
 Ella, que nunca oyó palabras tales,
 Con el rostro encendido
 —Ni la tomo, exclamó, ni la merezco;—
 Y atropellando audaz á tres ó cuatro,
 Entróse repitiendo:— ¡te aborrezco!—
 Y él se quedó pensando:— ¡te idolatro!

Es una noche tibia y perfumada,
 De esas en que parece
 Que bajo el limpio cielo de Granada
 Un nuevo sol espléndido amanece.
 Detras de la entreabierta celosía
 Que sobre el huerto fronterizo cae,
 Ya terminada la labor del dia,
 Goza Gracia escuchando la armonía
 Que en sus alas el céfiro le trae.
 Las fuentes y las flores,
 Todo tiene su voz en el concierto;
 Hasta los desvelados ruiseñores

Que anidan en los árboles del huerto.
Apoyado en las manos el semblante,
Todo Gracia lo admira;
El fulgor del lucero rutilante,
La hoja que rueda y el rumor que espira.
O de la tierra alzando con tristeza
La purísima frente nacarada,
Contempla embelesada
Del astro de la noche la belleza:
Que siempre fué la luna
De las almas fantásticas el centro,
Y no hay mujer alguna
Que no busque una imagen allí dentro.
Por fin, como de un sueño despertando,
Gracia se alzó; por la extension vacía
Tendió un instante los cansados ojos;
Luégo, cerca del lecho en que dormía,
Sus rezos murmurando,
Ante una Virgen se postró de hinojos,
Y aunque nada ya en torno se veía,
Siguió la luz brillando
Detras de la entreabierta celosía.

Súbito un grito agudo
Rompió el silencio que doquier reinaba,

Y un bulto negro, misterioso y mudo

Hacia la jóven avanzó que oraba.

Largo antifaz cubriendo su semblante

Sólo sus ojos vislumbrar dejaba,

Y asesino ó amante,

Algo de tigre en ellos centellaba.

— ¡ Socorro, Virgen mia! —

Dijo Gracia á la vez con ira y miedo;—

¡ Salid, infame! — murmuró sombría,

Y el encubierto replicó : — no puedo.

Para triunfar de tí forcé una puerta;

Dormida te creia;

Ya me es igual dormida que despierta.

— ¡ Antes que presenciar tal villanía

Pluguiera á Dios que me encontrarais muerta!

— ¿ Sabes quien soy? — Lo sé. — Pues de ese modo

Algo sabrás de mi furor terrible.

— Sé que de todo sois capaz; de todo,

Ménos de lo imposible.

— ¡ Morir ó amar, elige!

— Ya he elegido;

Olvídame, señor, y otros placeres

Curen la pena de que causa he sido.

— Eso quisieras tú, pero hay mujeres

Que ántes logran la muerte que el olvido.

¡ Muere, pues! — Y con saña destructora
 Del ropon desprendiendo que le viste
 Fatal arma traidora,
 Rápido se lanzó sobre la triste,
 Que, apagando la luz, gritó: — Señora,
 Vén tú, pues que mi madre ya no existe.
 Y luchando en la sombra y reluchando,
 Ya sin voz, y sin alma, y sin consuelo,
 Fué Gracia á tropezar en una puerta
 Que al solo impulso blando
 De su mano de hielo
 Giró de par en par; ¡ estaba abierta!
 A una suntuosa cámara llevaba
 Que Gracia nunca visitado habia;
 De su techo una lámpara colgaba,
 Y á su luz que oscilaba
 El retrato de un viejo se veia
 Con el manto y la cruz de Calatrava.
 Cerca de aquél y tapizando el muro
 Muchos retratos más casi borrados,
 Y allá en el fondo oscuro
 Dos guerreros inmóviles y armados.
 — ¡ Favor! — gimió la pobre balbuciente
 Asiendo de uno de ellos por la gola;
 El guerrero tembló; volvió la frente

Gracia al peligro, y encontróse sola.

.
 Prudente y prevenida la doncella
 En la sala de honor esperó el día ;
 Toda la noche aquella
 La hicieron los Chacones compañía.

—
 Aun de don Luis la madre reposaba
 Cuando una carta recibió en su mano ;
 — Es para vos, y de llegar acaba—
 Dijo una dueña de cabello cano.
 Y Gracia, que en la alcoba penetraba,
 Atenta como siempre al primer ruido,
 Tomó el papel que aquélla le acercaba,
 Y leyó con acento conmovido :
 « ¡ Madre, no me espereis ! De aquí me alejo
 Porque el deber lo ordena;
 Vida, esperanza, amor, todo lo dejo
 Y me voy con mi infamia y con mi pena.
 Abierto ante mis piés miro el abismo;
 Puedo llegar á ser vil y cobarde,
 Y ántes que avergonzarme de mí mismo
 Huyo de mí y de vos : ¡ el cielo os guarde !
 Senda noble y gloriosa
 Mi juvenil espíritu imagina;

Busca mi mente ansiosa
 La estatua más hermosa,
 La voz más grata y la mayor ruina.
 Del arte en los misterios
 Aprenderé cien goces ignorados,
 Y el polvo al contemplar de los imperios
 En él veré mis sueños retratados.
 Sé que me perdonais y yo os bendigo;
 Grande ha sido mi culpa, madre mia;
 Mas la ilusion abrigo
 De que digno de vos volveré un dia
 Pidiendo premio donde hallé castigo.
 Una súplica aún; que de mi ausencia
 Nadie investigue el pavoroso arcano
 Que guarda mi conciencia;
 Del mar es copia el corazon humano,
 Y fuera gran demencia
 Querer interrogar al Oceano.»

Dos lágrimas no más, lentas y solas,
 Surcaron las mejillas de la anciana,
 Y eran amargas como son las olas
 Que se deshacen en espuma vana.
 Quiso hablar, y la frase mal segura
 En un suspiro se escapó del pecho;

Con manos encendidas
 De Gracia acarició la frente pura,
 Y ambas cayeron juntas sobre el lecho
 En un inmenso abrazo confundidas.

II.

¡Italia, Italia! Bendecido suelo
 En que halla el peregrino fatigado
 Con las confusas glorias del pasado
 Del porvenir el misterioso anhelo.

Region encantadora
 Que sólo ensueños de placer inspira;
 Maga fascinadora,
 Si el que nunca te vió por tí suspira,
 El que deja de verte, por tí llora.

Iba la tarde á declinar; domando
 De sus corceles el ardiente brío,
 Que trotan resoplando,
 Van dos jinetes de exterior sombrío
 La romana campiña atravesando.
 Don Luis Chacon es uno; su escudero
 Gaspar el otro; aquel que le adiestrará

En manejar la rienda y el acero,
 Y que por ver el júbilo en su cara
 Viviera sin hablar un año entero.

Mas en vano lo intenta,
 En vano de sus muchas correrías
 Episodios y fábulas le cuenta,
 Ó de risueños y lejanos días
 El apacible cuadro le presenta.

Nada la nube ahuyenta
 Que en torno de don Luis se agita y crece,
 Que de su oculto lloro se alimenta,
 Que le aniquila al par que le enardece;
 Y entre la cual, envuelto y abismado,
 Una vision fantástica parece
 Persiguiendo la dicha que ha soñado,
 Y el soplo de su aliento desvanece.

Borrar quiere del alma
 Lo que grabado lleva en la memoria,
 Mas sólo en el olvido está la calma,
 Y quiso el cielo que la misma palma
 Sirva para el martirio y la victoria.
 Por eso de Gaspar teniendo en poco
 La charla y el cariño,
 Cruza el desierto que asoló la gloria
 Con la sublime exaltacion del loco,

Con la serena intrepidez del niño.

¡Ni un árbol, ni una flor! ¡Negras colinas
 Interrumpen á veces de aquel llano
 La triste soledad! Allá, á lo léjos,
 Sobre las ágrías cumbres del Albano
 Derrama el sol sus últimos reflejos.

Pirámides de ruinas
 Dan por asiento la gastada piedra;
 Y en el fronton hundido
 Busca reposo la torcaz paloma,
 Miéntras, bebiendo el aire corrompido,

Bajo un dosel de hiedra
 Sus anchas fauces el lagarto asoma.

Del acueducto erguido
 Logra la cabra dominar la altura,
 Y allí su sed ardiente
 Templa en el hilo de agua trasparente
 Que entre las rotas bóvedas murmura.

Óyese de repente
 Sordo rumor que turba al más sereno:

Es un búfalo enorme
 Que, oculto en el repliegue de una roca,
 Se baña revolcándose en el cieno.

La cabeza deforme

Mueve con lentitud acompasada,
 Y espuma destilando por su boca,
 Gira en torno la estúpida mirada.

.....
 ¿En qué piensa don Luis que ve en tal hora
 El término llegar de su camino,
 Más léjos cada vez de la que adora
 Y esclavo más y más de su destino?

Él mismo no lo sabe;

Gaspar, que conocerlo quiere en vano,
 Marcha á su flanco silencioso y grave;

Quizá de aquel arcano

Oculto en el hogar quedó la llave,
 Y así los dos con parecida suerte

Nutren igual empeño,

Don Luis piensa en un sueño que es su muerte
 Y Gaspar en su vida que es un sueño.

—
 De pronto, al ensancharse la vereda,
 Vieron desde la cúspide del monte
 Del ancho valle la extension vacia;
 Dibujóse en el diáfano horizonte
 De la villa Panfili la arboleda,
 Y Roma apareció; lento se oía
 Del *Angelus* sonar el dulce coro

Que en cuatrocientas torres repetía
 De las campanas el metal sonoro;
 Y entre el vapor de la indecisa bruma
 Como arrastrando al mar su historia impía,
 Sin ruido y sin espuma
 El Tíber soñoliento se perdía.
 Semejante al ciprés que el rayo abate,
 De los bronces al eco plañidero
 Dobló don Luis la juvenil cabeza,
 Llevó la diestra mano hácia el sombrero,
 Y en el caballo hundiendo el acicate,
 Sin que acierte Gaspar si jura ó reza,
 Al galope tomó por el sendero.

— ¿Está ya todo visto? preguntaba
 Á un cicerone anciano
 Un hidalgo español, que visitaba
 Los salones sin par del Vaticano.
 — Señor, nada nos queda;
 El arte vive aquí griego y romano,
 Y es imposible que ni en sueños pueda
 Más léjos ir el pensamiento humano:
 Vénus, Minerva, la Amazona, Juno,
 Laoconte, Adónis, Hércules, Cupido,
 ¡Ah! Cuando recordeis uno por uno.

Sus encantos, señor.....

—Estoy vencido.

Tú me dijiste que el cincel del hombre
Nunca produjo perfeccion tan alta ;
Justo es que lo declare y que me asombre,
Mas algo aquí no encuentro que me falta.

—¿Cómo se llama, pues?

—No tiene nombre.

Y yo lo he visto, sin embargo, un día.....

—Sin que por ello vuestro anhelo excite
Puedo enseñaros mucho todavía.

—Enséñame una estatua que palpite.

—Loco me pareceis.

--Si no la tienes,

Ni la quieres buscar, si te importuna
En vez de halagos recibir desdenes,
Yo te diré un lugar en donde hay una.
Gaspar, ¿no es cierto?

—Tu señor delira .

¿No lo adviertes, Gaspar?

—Síguele el vuelo,

Que vive entre el afán y la mentira,
Y hay quien viviendo así se gana el cielo.
Mírale con las Musas embebido.

—Dí mejor embobado.

¡Pobre don Luis! Tres meses le he servido
 Y es mucha la afición que le he cobrado;
 —Pues si buscando amor pierde el sentido
 Buen viaje hemos echado!

III.

De Egipto en las pirámides altivas,
 De Grecia en los escombros inmortales,
 De Germania en las selvas primitivas,
 Halló don Luis para templar sus males
 Venturas fugitivas.

—¿Qué son, pensaba, las humanas penas
 Del tiempo ante el estrago?

¿Quién sabe si estas cálidas arenas
 Fueron rica ciudad ó turbio lago?

¡Cuántas pasiones, cuya llama ardiente
 Acrecentó el deseo,

Se evaporaron en su propio ambiente
 Como la niebla que extenderse veo!

¡Amor, felicidad, gloria, esperanza;
 Sueño de un breve día,

Sombra que se persigue y no se alcanza,
 Luz que deslumbra al mísero á quien guía!

¡Fantástica ilusión de la belleza,

Necio de aquél que sobre tí construye.....
 ¿ Dónde lo bello de la Esfinge empieza ?
 La Vénus ideal ¿ dónde concluye ?

— ¡ Gaspar !

— Señor.

— Me siento fatigado;

— Lo supongo , don Luis ; hoy justamente
 El mismo pensamiento me ha asaltado ;
 Dos años hace que, cual vos ausente
 Nada sé de la patria que he dejado.

— ¿ Y la recuerdas ?

— Con el mismo anhelo

Que recuerdo á mi madre, que, de fijo,
 Dirá más de una vez mirando al cielo :
 ¿ Qué será de aquel hijo
 En quién cifro mi dicha y mi consuelo ?
 — Pues bien , llegó la hora
 Por tí anhelada, y para mí temida ;
 Al despuntar de la cercana aurora
 Seguiremos la ruta interrumpida.
 De España nuevas en París aguardo,
 Cuentas y cofres acomoda y cierra,
 Y sin más dilacion ni más retardo
 Á ver volvamos la Nevada Sierra.

— Así os quiero, ¡Don Luis!

— Así me place.

— Quien no mata la pena la da aliento;
Dejadme que os admire y os abrace.

— Ay, Gaspar, que yo siento
Dos penas, la que muere, y la que nace.

— ¡Mi último adios te mando, y te bendigo!

Esto no más decia

La carta que de manos de un amigo

Don Luis recibió en Francia cierto día.

Y áun pasado no habia

Un mes de aquella fecha dolorosa,

Cuando un mozo, muy triste y muy bizarro,

Con mano temblorosa

Llamaba á un portalon vecino al Darro.

Crujir oyóse la maciza llave,

Y un hombre entre soldado y pordiosero

Con voz áspera y grave

— ¿Quién sois, y qué quereis? — gruñó severo.

— Quisiera ántes de todo

Saber á quien servis.....

— Hay opiniones.....

— Á la que vos tengais yo me acomodo;

¿No es ésta la mansion de los Chacones?

—Fué, sí, señor; sin duda al pueblo extraño
Nada sabeis.....

—Hablad.

— Ya de esa raza,
Como dice el tendero Juan Otaño,
No quedan más que deudas en la plaza.

—Pues ¿quién habita aquí?

—Yo solamente;

La Real Chancillería,
En la que ejerzo de alguacil suplente,
Las fincas embargadas me confía.

—Y, decidme, apoyándose en la puerta,
Balbució el forastero,
¿Cómo está la Condesa?

—¿Cómo? ¡muerta!

Dos meses hace el veinte de Febrero.

—¿Y los demas?

—No sé; cuentan de un hijo

Cuya suerte se ignora desde el punto
Que de su casa huyó; siempre se dijo
Que era loco, ó malvado, ó todo junto.

—¿Le conocisteis vos?

—No, por mi vida,

Yo era entónces soldado.....

—¿Y que fué de una jóven recogida?.....

—Preguntais, buen amigo, demasiado.

—Toma y habla, menguado,

¿Piensas que de un golilla estás delante?

—Hablaré, sí, señor, me habeis pagado

Y debo complaceros al instante.

Cuando cerró los ojos á la anciana,

Que de madre con ella hizo las veces,

La pobre jóven, al mirar cercana

La visita de esbirros y de jueces,

Acabado el entierro,

Aun más humilde que si fuera mio,

Léjos de la ciudad buscó un encierro

En yo no sé que cármén junto al rio.

Allí escondida mora

Sola con su dolor, pues, poco á poco,

Se han comido las trampas de aquel loco

Propiedades y ajuar de la señora.

Cuanto pude os conté; si aunque vacía

Quereis la casa visitar, me ofrezco

Á serviros de guía.....

—De todo corazon os lo agradezco.

Acaso alguna vez os lo recuerde,

Hoy tiempo no me queda.

—Cuando gustéis, señor; nada se pierde.

—Adios, pues, y guardad esa moneda.

Y una dobla poniendo en la ancha mano,
 Que guardó con sonrisa de villano
 El alguacil ladino,
 Despues de saludar con muy buen modo,
 Chacon de la ciudad tomó el camño,
 Vacilante y febril como un beodo.

Muy cerca ya don Luis de su posada
 Vió que Gaspar, cual nunca diligente,
 Á su encuentro volaba.

—¿Qué ocurre?— preguntó rápidamente.

— Señor, que ha estado arriba, que os buscaba;
 Que una esquela teneis por ella escrita,
 Que en vuestro cuarto al penetrar lloraba.

— Pero ¿quién? ¡vive Dios!

— La señorita.

—¿Y se ha marchado?

— Me encargó os dijera

Que por vuestra salud al cielo pide,
 Que veros quiso por la vez postrera
 Y que de vos por siempre se despide.

— Dame al punto la llave.

— Subid presto,

Hallaréis la misiva

Donde ella misma la escribió y la ha puesto.

—¿Qué dispondrá de mí, que muera ó viva?

«Mi Luis, mi único amor; amor sagrado
Cuya primera confesion te envio,
Por verte he suspirado
Y no he de verte más, hermano mio.
Tu moribunda madre
Me reveló el secreto de su esposo,
Bendigamos los dos á nuestro padre,
No turbemos su paz y su reposo.
Á la tranquila aldea
Donde pasé mi infancia parto ahora,
Todo lo que áun tenemos tuyo sea,
Yo torno á ser la humilde labradora.
Lo he jurado á tu madre en la agonía
Y el juramento es santo,
Sólo el pensar en tí con alegría
Puede enjugar mi llanto.
Amémonos de léjos
Como se aman los justos en la tierra,
No empañemos del alma los reflejos,
Con Dios y el mundo y la conciencia en guerra.
Y si ves que envenena mi memoria
Tu corazon sensible,
Arrójala de allí, piensa en la gloria

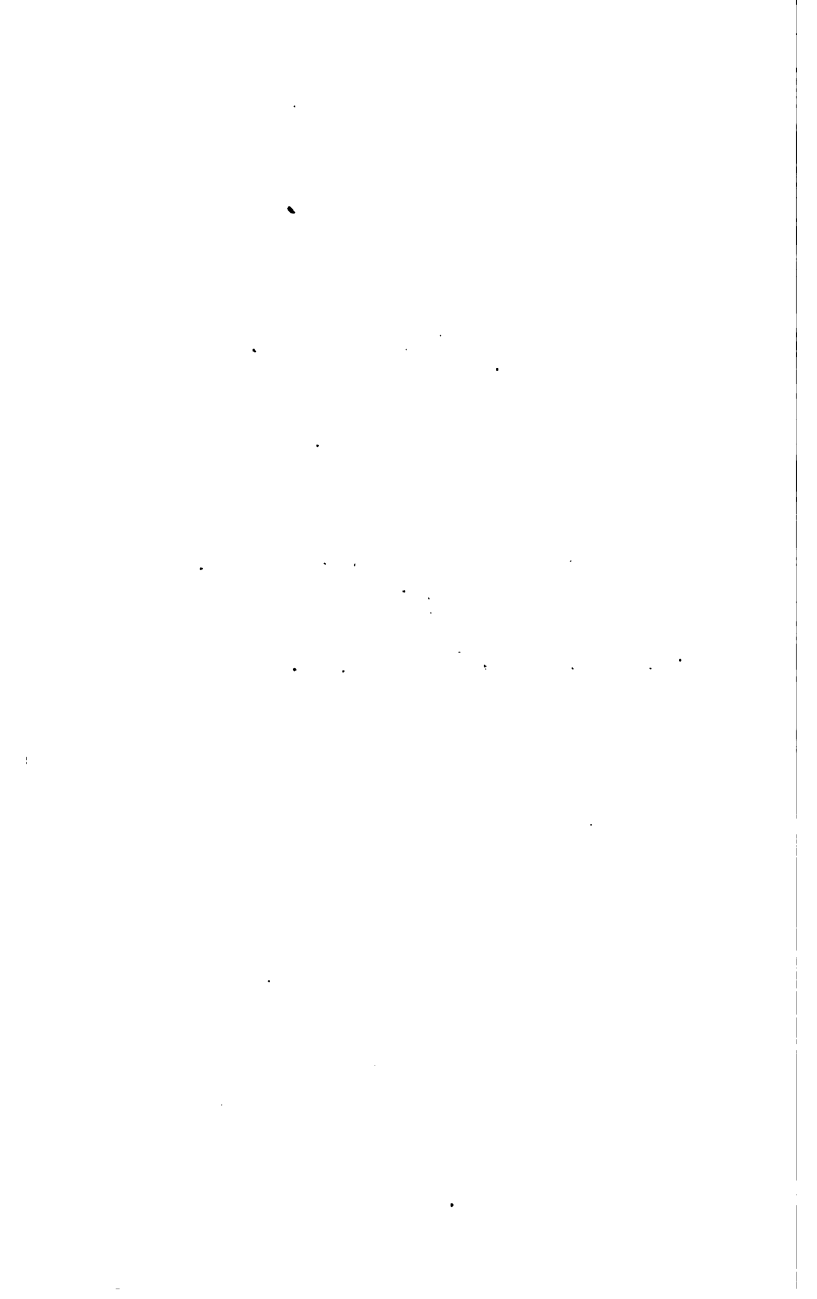


LA CALLE DE LA CABEZA.

LEYENDA TRADICIONAL.

**AL MÁS SEVERO DE LOS CRÍTICOS; Y MÁS BON-
DADOSO DE LOS HOMBRES; A**

MANUEL CAÑETE.





LA CALLE DE LA CABEZA.

(TRADICION MADRILEÑA.)

I.

DESDE un lugar de la Mancha
Cuyo nombre no recuerdo,
Vino á servir á la córte
Gaspar Antúnez, el tuerto,
Que, segun su padre, nunca
Sirvió para nada bueno.

Dos cartas en la chaqueta,
Dos duros en el chaleco,
Una navaja de muelles
Y un endemoniado genio
Por equipaje llevaba

Cuando salió de su pueblo,
Y con él, y mucho polvo,
Y algunos reales de ménos,
Entró de noche en la villa
Por el puente de Toledo.

Estaba oscura la noche,
Que el alumbrado es moderno,
Y de los tiempos tratamos
Del buen Felipe Tercero,
En que era Madrid un triste
Lugaron, sucio y estrecho,
Alma mezquina de España,
Muy grande entónces de cuerpo.

Á oscuras, pues, y sin guía
Recorrió nuestro mancebo
Callejas y callejones
Enmarañados y negros,
Hasta topar con las gradas
De yo no sé qué convento,
Donde de puro cansado
Se dejó coger del sueño.

Y allí estuviera sin duda
Muchas horas, como muerto,
Pues de la muerte tenía
La soledad y el silencio,

Si con él no tropezáran,
 Del ancho porton saliendo,
 Un hombre de edad madura
 Y un alegre rapazuelo.
 De monaguillo de iglesia
 Éste mostraba el aspecto;
 El otro era un padre cura
 De aire noble y rostro serio.
 Con un farol el más jóven
 Iba alumbrando al más viejo,
 Y por la luz atraído
 Y por el golpe despierto,
 Gaspar alzó la cabeza
 Vacilando como un ébrio.

— ¿Quién es? — dijo incorporándose
 Por un soberano esfuerzo.

— Nosotros — repuso el chico; —
 Con que salud, y hasta luégo.

— Y tú, ¿quién eres? — el cura
 Murmuró con grave acento —
 ¿Qué haces aquí? ¿Por qué causa
 Duermes fuera de tu lecho?

— Señor, la cosa es muy simple;
 Soy en Madrid forastero,
 Y como llegué de noche

Y ni hogar ni amigos tengo,
 Rendido por el cansancio
 Busqué reposo á mis miembros,
 Y clementes, aunque duras,
 Estas piedras me lo dieron.

—¿Y á qué vienes á la córte,
 Si no es decirlo indiscreto?

—¿Qué ha de ser? de colocarme
 La oportunidad acecho,
 Ansioso de hacer fortuna
 Sin reparar en los medios.

—¿Eres ambicioso?— Mucho.

—¿Y prudente?

—Así lo creo.

—Pues despiértate del todo,
 Que asilo mejor te ofrezco,
 Y con más luz y más calma
 Hablar mañana podremos.▶

Y el sacerdote delante
 Y detras los dos mancebos,
 De una angosta callejuela
 En la oscuridad se hundieron.

II.

De los nobles distinguido
Y amado de los plebeyos,
Era don Gil de Mendoza
Cura mayor de San Pedro,
En quien por igual lucian
Las virtudes y el talento.
De esclarecido linaje,
Y á la vez rico y espléndido,
Pasó sus años de mozo
En fiestas y galanteos;
Pero un amor malogrado,
Segun algunos dijeron,
Ó un oculto, segun otros,
Terrible drama doméstico,
De la noche á la mañana
Le trocaron por completo,
Y el espejo de galanes
Fué á los ancianos espejo.
Muchos meses vivió en Roma
Olvidando y aprendiendo,
Hasta que vino á su patria

Ya encanecido el cabello,
Y del Rey tomó un curato,
Dando á los pobres el sueldo.
Este era el buen sacerdote
De Gaspar Antúnez dueño
Desde que le halló dormido
Sobre las gradas del templo,
Una noche que volvia
De dar la Uncion á un enfermo.

Así las cosas se hallaban,
Cuando un desusado estrépito
Se oyó en la casa del cura
Una mañana de invierno.
Acudieron los vecinos,
Los golillas acudieron,
Y al entrar quedaron todos
Petrificados de miedo.
Junto á la cama yacia
Don Gil de Mendoza yerto,
La venerable cabeza
Cortada á cercen del cuello;
Y las ropas en desórden
Y los arcones abiertos
Manifestaban bien claro

De aquel crimen el objeto.
 Buscóse á Gaspar Antúnez
 Con gran diligencia y celo;
 Mas trabajaron en balde
 Corchetes y cuadrilleros.
 Sólo á fuerza de pesquisas
 Rastrear pudo un sabueso
 Que de Portugal la ruta
 Tomó el miserable siervo;
 Y aunque hasta allí fué á seguirle
 De la justicia el empeño,
 Cual gota de agua en un charco
 Él se perdió en el misterio.

III:

Diez años pasado habian
 Desde el terrible suceso,
 Que ya recordaban sólo
 Los narradores de cuentos,
 Cuando una hermosa mañana
 Se paró frente de un puesto
 De los muchos que en el Rastro
 Pagaban los carniceros,

Un hidalgo de buen porte,
 Cuyo lenguaje y arreos
 De su patria y de su alcurnia
 No daban indicio cierto.
 Chocó á alguno su semblante,
 Alguno extrañó su deajo,
 Mas á nadie causó risa,
 Porque todos ver pudieron
 Que, aunque la capa era larga,
 Por bajo asomaba el hierro.
 Antes bien, con tono humilde
 Muy diferente del gesto :
 — ¿Qué busca vueseñoría?
 Dijo el mercader atento.
 — Buen hombre, lo que buscaba
 En esa tabla lo veo;
 Que ayer mandé mi criado
 Por cabeza de carnero,
 Y volvió sin ella á casa,
 Lo cual me enojó en extremo.
 — ¿Quereis la cabeza toda
 Ó solamente los sesos?
 — Toda; con que ahorrád preguntas
 Y pague esa dobla el precio.
 Tomó la cabeza el rico,

Tomó la dobla el tendero,
Y los curiosos tomaron
El tole muy satisfechos.

Dos ó tres hombres tan sólo
En pos del hidalgo fueron,
Ó por llevar igual rumbo,
Ó por designio secreto.
Pronto uno más, y otro, y otro
Aumentaron el cortejo,
Porque á los no prevenidos,
Los cobardes y los necios
El andar del embozado
Les daba mucho recelo,
Pues caminando de prisa,
Sin apercibirse de ello,
Tras de sus pasos dejaba
De roja sangre un reguero.
Por fin un sordo murmullo,
Nube preñada de truenos,
Vino á sorprender al hombre,
Que, parado y sonriendo,
Preguntó á los más cercanos:
—¿Se puede saber que es esto?
Un alguacil que á la turba

Escoltaba desde léjos,
 — Señor — contestó, no es nada ;
 Mas tiene al público inquieto
 Ver que al andar vais dejando
 Huellas de sangre en el suelo.
 — Y es verdad, ¡ Dios me castigue !
 ¿ No hay quien tenga á mano un lienzo
 Y esta cabeza me envuelva
 Que he comprado hace un momento ?

Un grito, tan solo un grito
 Ronco, formidable, inmenso,
 Como toque de agonía
 Resonó en todos los pechos.
 La cabeza que el hidalgo
 Mostraba como un trofeo,
 Era de Gil de Mendoza,
 Cura mayor de San Pedro.
 — ¡ Don Gil, don Gil ! — repetían
 Cien y cien voces á un tiempo.
 — ¡ Á Gaspar ! ¡ al asesino ! —
 Clamaban mozos y viejos.

Gaspar miró en torno suyo,
 Sintió erizársele el pelo,
 Y con él rodó por tierra
 Aquel despojo sangriento.

Sentenciada está la causa,
Convicto y confeso el reo;
La Plaza Mayor de fiesta,
El patíbulo en su centro.
Va á morir Gaspar Antúnez,
Y ántes del trance tremendo,
Pedir quiere á la cabeza
El perdon que pide al cielo.
De sus lágrimas movido
Accede el juez á su ruego,
Mas no merece el aleve
Sin duda tan alto premio :
La cabeza que le traen
Es cabeza de carnero.

—

Áun existe casi á espaldas
De la Plaza del Progreso,
La calle de la Cabeza,
Donde aconteció aquel hecho.
Sobre la casa del Cura
Áun vieron nuestros abuelos
Una cabeza de mármol
Que el Rey le puso por sello.
Fábula, historia ó leyenda,
Ni la afirmo ni la niego;

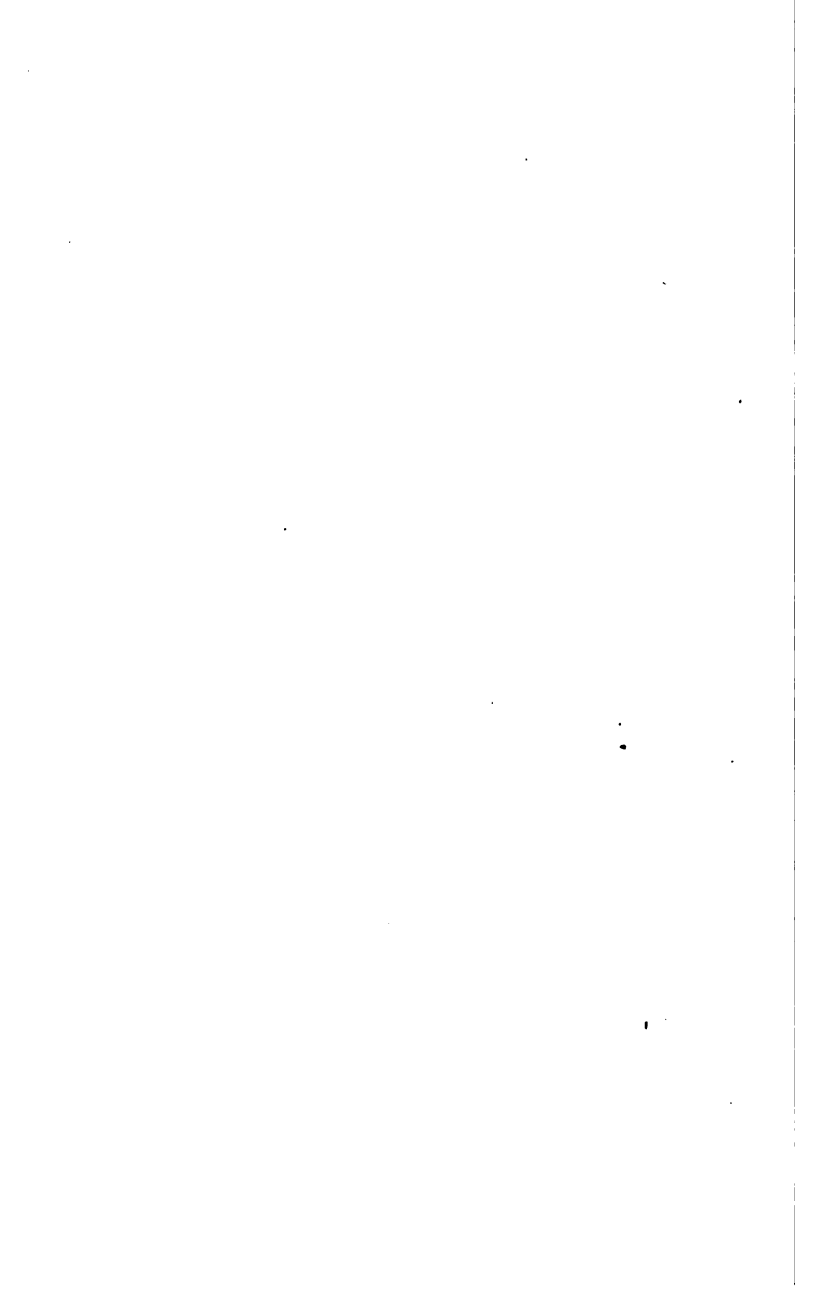
Mas si á las nobles acciones
Halla recompensa el bueno;
Si es verdad que la conciencia
Tiene en el alma su imperio,
Al que no marcha en la vida
Por el camino derecho,
¿Quién sabe en qué encrucijada
Le espera el remordimiento?



LOS ENVIDIOSOS.



FRAGMENTO DE UN POEMA.





LOS ENVIDIOSOS.

INTRODUCCION DE UN PEQUEÑO POEMA QUE
PROBABLEMENTE NO PASARÁ DE LA INTRODUCCION.

I.

Los verás en la calle, en el paseo,
En el foro, en la Bolsa, en la Zarzuela,
Con el semblante demacrado y feo,
Y en la ropa los surcos de la vela.
Asisten al can-can y al jubileo
Protestando del método y la escuela,
Pues de niños no fueron á ninguna
Graduándose de sabios en la cuna.

II.

Los hay de mala suerte y buen talante
Que salen de conquista por la noche,
Sólo por ver si atrapan, Dios mediante,
Alguna vieja que les lleve en coche.
Raro es entre ellos quien conoce á Dante;
Pero todos á Pipo y á Bamboche,
Y no ignoran tampoco la hostería
Donde se come mal, pero se fia.

III.

Por dar gusto al amigo y á la novia
Van de las letras á picar el cebo,
Y ora escriben con B Vigo y Varsovia,
Ora reniegan del ardiente Febo.
El que los quiera ver con hidrofobia,
No tiene más que hacerse un traje nuevo;
Llaman á la amistad vana quimera,
Y piden dos pesetas á cualquiera.

IV.

Tocante á su valor no digo nada ;
 Pobre de aquel que lo pusiera en duda ;
 No hay quien resista el temple de su espada,
 Como la punta..... de un colchon aguda.
 Su sátira discreta y delicada
 Es del ingenio poderosa ayuda,
 Y así viven delgados como alambre
 Matando cuanto ven, ménos el hambre.

V.

¡Oh sacra envidia! ¡venerando númen
 Que bajo el cielo de mi patria vives,
 Y de nuestras grandezas el resúmen
 Con desenfado igual cantas ó escribes!
 Ya coronen á un vate, ya lo emplumen,
 Gratas ofrendas en tu altar recibes :
 El caso es abatir al que se eleva
 Y que se mojen todos cuando llueva.

VI.

Cuentan que el calamar, al ver cercano
 El pez que se lo come si lo atrapa,
 Enturbia con su tinta el Oceano
 Y entre la oscuridad ligero escapa.
 Así cerca del rostro al ver la mano
 El envidioso sus miserias tapa,
 Y envuelto de su nada en lo profundo
 Va sembrando simplezas por el mundo.

VII.

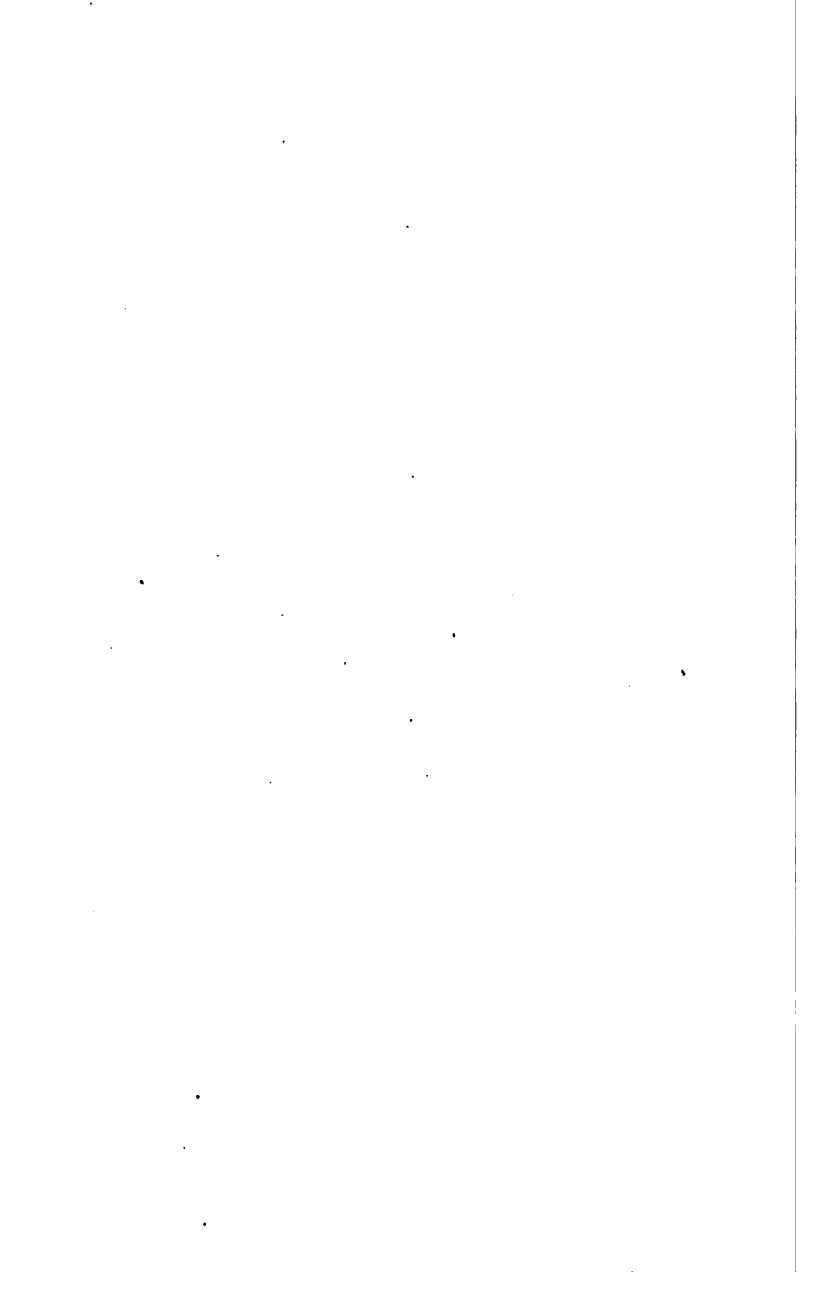
Fiera y tirana ley del apetito
 Que al hombre inspiras pensamientos tales,
 Y si es audaz le llevas al delito
 Y si es tonto á medrar con sus iguales:
 Cuanto más en tus crímenes medito
 Más á piedad me mueven los mortales:
 ¿ Quién pide fe, ni amor, ni sentimiento
 Al mono indócil ó al chacal hambriento?

LAS FLORES DE MAYO.

LEYENDA.

Á MI ANTIGUO Y CARIÑOSO AMIGO,

ANTONIO SANCHEZ MOGUEL.





LAS FLORES DE MAYO.

LEYENDA.

I.

EN mil ochocientos ocho,
Como supondrán ustedes
Y como yo decir debo
Aunque el rubor me avergüence,
Madrid era, en punto á luces,
Un pueblo de mala muerte.
Desconocido el petróleo,
El gas sin saber qué hacerse,
Y siendo caso inaudito
Estar despierto á las nueve,

Sólo alumbraban las calles,
Y eso en las fiestas solemnes,
Algunas cuantas docenas
De farolillos de aceite
Con que el buen Cárlos Tercero
Quiso alegrar las paredes,
Y los devotos candiles
Que en cien sitios diferentes
Á cuadritos y retablos
Daban sombra casi siempre.
De aquella edad la memoria,
Que hoy un sueño nos parece,
Aun hay quien viva conserva
Porque á la niñez le vuelve,
Y sé por más de un testigo
De aquel tiempo y á par de éste,
Que el misterio y la poesía
Tuvieron allí un albergue,
Que hace ya bastantes años
Les niegan nuestros hoteles.
Y es en el Madrid de entónces,
Sin luces y con franceses,
En el Madrid de las majas
Y los chisperos rebeldes,
Donde á entrar nos atrevemos

Por más que es de noche y llueve,
Y que vamos á una calle
Muy desierta y poco alegre,
Que se llamó y áun se llama
La calle de la Cruz Verde.

II.

Espiraba el primer dia
De Mayo, mes de las flores,
Y en el reloj de San Plácido
Sonaba la media noche.
Triste y empañado el cielo
Por oscuros nubarrones,
Dejaba paso á la lluvia,
Del viento juguete dócil,
Que azotaba los cristales
Con acompasados golpes.
Sin duda á saber la causa
De aquel extraño redoble,
Ó de respirar ansiosa
La fresca brisa que corre,
Ó por algo que ella sabe,

Ó porque á alguno le importe,
Á un balconcito muy bajo
Está asomada una jóven.
La luz que de adentro viene
Ilumina en ocasiones
Una cabellera rubia
Que un lazo negro recoge,
Y en un rostro nacarado
Dos ojos como dos soles.
Del cuerpo no se ve nada,
Que del balcón hasta el borde,
Ya en el suelo sostenidos,
Ya atados á los barrotes,
Cien búcaros diferentes
Forman un espeso bosque:
Rosas de nieve y de grana
Que ya sus capullos rompen;
Amarillos alelfes,
Matas de claveles dobles
Confundidos y mezclados
Con arrayanes y bojés,
Ya entre los hierros se asoman,
Ya junto al muro se esconden.
Parece el balcón el marco
Que á muchas Vírgenes ponen,

Y al ponérselo á la niña
No anduvo el artista torpe.

Todo en torno era silencio;
Pero de repente oyóse
Al extremo de la calle
El rápido andar de un hombre,
Y de un farol moribundo
Á los tibios resplandores,
Pudo verse á un guapo mozo
De aire y continente nobles,
Terciada al hombro la capa,
Y en la cintura el estoque,
Llegar del balcon enfrente,
Y al sentir un : — ¡ buenas noches ! —
Quedarse clavado en tierra
Ni más ni ménos que un poste.
— ¿ Eres tú, luz de mis ojos,
Tú, mi querida Dolores ? —
Murmuró al fin el mancebo
Con enamoradas voces.
— Sí, yo soy, Enrique mio;
Mas por si álguien mira ú oye,
Pónte donde no te vean
Y háblame sin que me nombres.

— ¿Me esperabas ?

— Hace rato :

Sé que siempre te recoges
 Á estas horas, y queria
 Que , al par que de tus amores,
 Me hablaras de lo que ocurre,
 Pues áun cuando no me importe,
 Por tí y por mi madre vivo
 Sufriendo penas atroces.
 Ella no me dice nada,
 Pero algunas expresiones
 Que he cogido á las vecinas
 Me hacen temer algun choque
 Que nuestra dicha destruya
 Ántes que gozarla logre.
 —Tranquilízate, mi dueño,
 Y por nada te incomodes,
 Que ántes que se acabe el mundo
 Ya nos pondrémos á flote.
 Hoy es primero de Mayo,
 Y aunque el demonio lo estorbe,
 Para el quince, Dios mediante,
 Nos echan las bendiciones.
 Cierto que algo se prepara,
 Yo no sé cómo ni dónde,

Y que nadie está contento
 Pues no hay huésped que no enoje ;
 Pero las cosas políticas
 Son para gentes de Córte ,
 Y ya habrá alguno que arregle
 Lo que los otros embrollen.
 Yo, pobre oficial de guardias,
 Bailaré al són que me toquen,
 Y seré feliz en tanto
 Que cual te adoro me adores.

— ¿Lo dudas?

— Fuera ofenderte.

— Pues véte tranquilo.

— Voyme.

— ¿Volverás luégo?

— Esta tarde.

— Alegre te aguardo entónces.

— Retírate ya, bien mio.

— ¿Y tú?

— Si es que no te opones,
 Voy á robarte una rosa.

— No hace falta que la robes :
 Las primeras que han abierto
 Bien es que tu pecho adornen ;
 Para tí voy á arrancarlas.

—Sí, pero no las arrojés,
 Que por bellas y por tuyas
 No consiento que se enloden.
 En dos brincos las alcanzo.....

—Cuidado, que madre tose;
 Tómalas, y adios, Enrique.

—Adios.

—Y basta.

—Á tus órdenes.

—
 Y á la vez que se sentia
 De un beso el mágico acorde,
 En el inmediato huerto
 Cantaban dos ruiseñores.

III.

Noche fué aciaga y terrible
 La noche del dos de Mayo;
 Noche en que hasta el sueño esquivo
 Hizo duro el yugo blando.
 Sobre todo en Maravillas
 Nadie durmió con descanso,
 Que el ódio desveló á muchos
 Y á no pocos el espanto.

Eran las nueve y estaban
Los faroles apagados,
Sin que en puertas ni balcones
De una luz se viera el rastro.
Apénas un sér viviente
Transitaba por el barrio,
Y los pocos que lo hacian
Iban solos y á buen paso.
Por eso se santigüaban
Los que, con asombro y pasmo,
Por la calle del Tesoro
Vieron, asidas del brazo,
Dos mujeres encubiertas
Que, cayendo y tropezando,
De un postigo iban en busca
Junto al cual hicieron alto :
—¿ Es aquí? Con triste acento
Dijo la de ménos años.
—Sí, hija mia ; ésta es la casa
Que yo soñé fuera de ambos.
La llave en la cerradura
Metió con incierta mano,
Y prontamente en la sombra
Las sombras se evaporaron.

Y era aquella la morada
De don Enrique Gallardo,
Que del corazón altivo
Al poderoso mandato,
Después de pasar el día,
Combatiendo como bravo,
Frente de su misma puerta,
Cayó de su madre en brazos.
Y son su madre y su amada
Las que en su alcoba velando,
Ven por la herida escaparse,
Sin dolor y sin desmayo,
El alma donde sus almas
Amantes depositaron.
Al ver entrar á Dolores,
Y al ver en sus ojos llanto,
Incorporóse el herido,
Y atrayéndola á su lado:
— Gracias, dijo, prenda mía;
Siento el dolor que te causo,
Pero no quiero morirme
Sin que tú cierres mis párpados.
— No querrá el cielo que mueras.....
— Es mi destino, y le acato,
Que la gloria que en tí pierdo

Para mi patria la gano.
 ¡ Maldiga Dios al infame
 Que, con hipócrita engaño,
 Vino de lejanas tierras
 Nuestra ventura á robarnos;
 Y sorpréndale la muerte,
 Léjos de su bien más caro,
 En suelo donde no nazcan
 Ni flores el mes de Mayo!
 — Por favor, Enrique mio,
 Modera tus arrebatos,
 No aflijas más á dos pobres
 Mujeres que te adoramos.
 — Es verdad, ya estoy sereno,
 Y bien necesito estarlo,
 Que de mi triste partida
 Siento que se acerca el plazo.
 ¿ Ves estas flores ? No ha mucho
 Que, besadas por tus labios,
 Sobre mi pecho las puse,
 Emblema de amor sagrado.
 Si eran blancas y son rojas,
 No me culpes por el cambio;
 Las lágrimas que te debo
 Con gotas de sangre pago.

Guárdalas, y cuando secas
 Se truequen en polvo vano,
 Arroja al aire ese polvo,
 Como semilla de daños,
 Que del coloso á las plantas
 Produzca frutos amargos.
 ¿Así lo harás?

—Te lo juro,

Que á tí sólo me consagro,
 Y, vivas ó mueras, nadie
 Podrá romper estos lazos.

—Sí, Dolores, sólo mia,
 Que este pensamiento grato
 Es de mis heridas todas
 El más saludable bálsamo.

Mi madre será la tuya,
 Sé de su vejez amparo,
 Y espera en calma que llegue
 De unirte conmigo el plazo.

No puedo más..... de mis ojos
 Se va tu imágen borrando.....

¡Madre! ¿De quién es la sombra
 Que apenas á ver alcanzo?

—Don Gaspar, el sacerdote,
 Vinq á verte y te lo traigo.....

— Bien hiciste, madre amada,
Dejadme con él un rato.

Oyóse algunos minutos
Un triste acento apagado,
Luégo un grito, uno tan sólo,
Después plegarias y llantos;
Mientras el alma de Enrique
Iba cruzando el espacio,
Viendo la ventura arriba,
Dejando el dolor abajo.

IV.

Han pasado muchos meses
Desde la anterior historia,
Que ya ninguno recuerda
Pues todo el tiempo lo borra.
Y es una tarde de otoño
Serena y encantadora,
Y están tocando á oraciones
En un convento de monjas,
De los varios que hermocean
Los contornos de Segovia.

De la torre en lo más alto
Se vislumbra humana forma;
Es una jóven novicia
Que arrodillada solloza,
Al par que dirige al cielo
Frasas de angustia muy hondas.
— ¡ Dios mio ! — exclama — Tú fuiste
Quien me llevó á la victoria,
Y al fin me encuentro contigo
Y con mi conciencia á solas.
Cumplidos mis juramentos
Nada ya que hacer me toça,
Y á tí vengo, sin que anuble
Mi pensamiento una sombra.
Me concediste dos madres
Y las dos en paz reposan;
Prometí ser fiel á un hombre
Y áun mi corazon le adora.
Un encargo, uno tan solo
Dió al olvido mi memoria,
Que por el ódio engendrado
Me llenaba de zozobras.
Hoy que del mundo me alejo
Como quien vence y perdona,
Dejar libre quiero el alma

De este peso que me agobia.
¡Flores primeras de Mayo,
De mi amor tempranas rosas,
Fuisteis robadas al aire,
Y el aire es quien os recobra!
Mas si en sus alas un día
Os lleva la suerte loca
De nuestro fiero verdugo
Hasta rozar la corona,
De una mujer desdichada
No le conteis las congojas,
Que suele ser el martirio
Compañero de la gloria,
Y yo trocar no quisiera
Por la suya mi aureola.
Partid á los cuatro vientos,
Porque mañana á estas horas
La desposada de Enrique
Será del Señor esposa.

Cuando nuevo Prometeo
Encadenado á la roca,
Espiraba en Santa Elena
El prisionero de Europa,
Sobre la tierra movida

Que en oprimirle se goza,
Dos ó tres flores humildes
Entreabrieron sus corolas.
¡Cinco de Mayo era el día!
¡Flores de Mayo preciosas,
Hermanas quizá de aquellas
Que absorbieron gota á gota,
Con la sangre de un soldado
Las lágrimas de una monja!

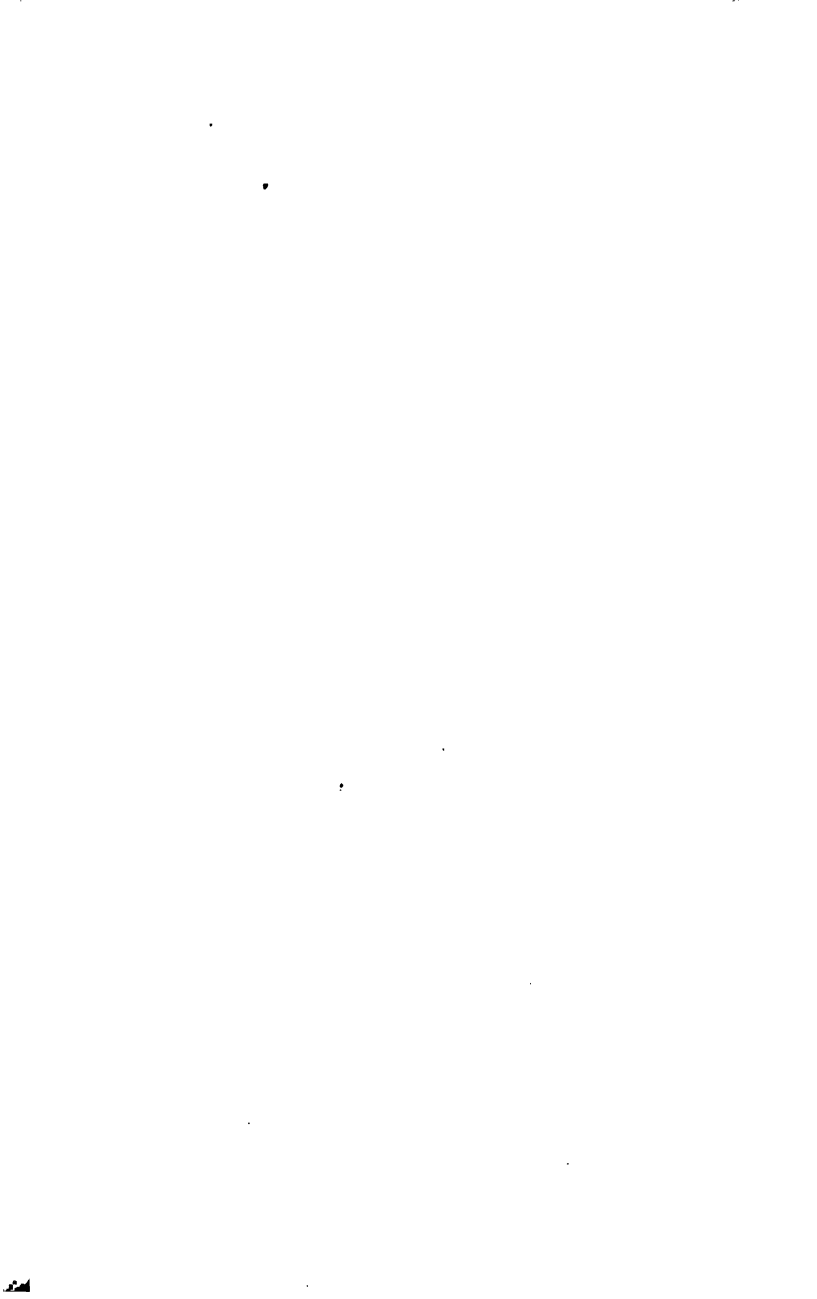
1878.



EL HERMANO ADRIAN.

LEYENDA.

**AL INSIGNE PINTOR SEVILLANO,
JOSÉ VILLEGAS.**





EL HERMANO ADRIAN.

LEYENDA.

I.

COMO sale apresurado
Al abrirse la colmena
Tropel alegre y confuso
De bullidoras abejas,
Así al caer de una tarde
De otoño, lluviosa y fresca,
Salieron ocho ó diez mozos
Alborotando por treinta,
De un caseron sucio y negro,
Aunque de noble apariencia,

Que del arrabal de Córdoba
Daba sombra á una calleja.
No era ya de los Califas
La espléndida Córte aquella,
Pues iba á espirar el año
De mil quinientos setenta,
Pero` áun, sultana del Bétis,
Por su hermosura y riqueza
Embelesando los ojos
Dejaba al alma suspensa;
Que á ésta y aquéllos á un tiempo
Brindaban encanto y guerra
De sus jardines la pompa,
De su suelo la opulencia,
El valor de sus galanes
Y la gracia de sus hembras.
Y á correr tales peligros
Y á gozar tantas bellezas
Una falange de artistas
Labró su nido resuelta
En los rotos murallones
Y en las cúpulas soberbias
De la ciudad que algun dia
Fué del Occidente reina.
Genios de doradas alas

Que el sol de la gloria quema,
Que de esperanza se nutren,
Que con imposibles sueñan
Y que al declinar la tarde,
Ya acabada su tarea,
Del sabio Pablo de Céspedes
Desierto el estudio dejan,
Llenando al pasar la calle
De suspiros y ternezas,
Cantares y carcajadas,
Juramentos y blasfemias.

Iba tendiendo la noche
Sus cortinajes de niebla,
Cuando del alegre grupo
Destacóse una pareja
Que abandonando la turba
Tomó direccion opuesta.
Dos mancebos la formaban
Casi de igual apariencia,
Por más que el uno tenía
Faz desdeñosa y morena
Que iluminaban á ratos
Dos ojos como centellas,
Y el otro el semblante dulce

Y la rubia cabellera
De un querubin arrancado
Del tríptico de una iglesia.
Ninguno de veinte abriles
Pasaba, segun las señas,
Y unidos en lazo estrecho
De amistad segura y tierna,
Ambos con mucho de artistas
Y no poco de poetas,
De Céspedes, su maestro,
Los dos predilectos eran.
Por Agustín del Castillo
Contestaba el de faz séria :
El rubio, infeliz expósito,
Llamábase Adrian á secas.
En silencio y muy de prisa,
Después de bastantes vueltas,
Llegaron por fin del río
Hasta la márgen amena,
Y allí las capas tendiendo
Sobre la alfombra de hierba,
Que de la reciente lluvia
Aun conservaba las huellas,
Este coloquio entablaron
Juntando las manos diestras.

«—¿Hablaste con ella, Adrian?

—Debajo de su ventana
Me sorprendió la mañana,
Pero fué vano mi afan.
De sus padres al rigor
Su voluntad encadena.

—¿Y va á casarse?

—Con pena.

—Te engaña, Adrian: con amor.

No hay fuerza ni tiranía
Que el cariño no quebrante,
Ni toma ningun amante
Mujer en quien no confía.
Ave pasajera ha sido
Que da al viento su cantar ;
Tú la enseñaste á volar
Y vuela léjos del nido.

—Mas ¿no conoce la ingrata

Que es ella mi vida entera?

—¿Cuándo ha tenido la fiera

Lástima de aquel que mata?

Jugó con tu corazon

Y ganó ; su ejemplo toma :

Te ha herido como paloma,

Véngate como leon.

—No puedo, Agustín, no puedo;
 En el afán que me inspira,
 Quererla, me enciende en ira,
 Olvidarla, me da miedo.
 Dime, pues, si es la verdad
 Lo que me anuncia tu labio;
 Dime que con torpe agravio
 No ultrajas su castidad;
 Y después de bendecir
 Al que noble me amparó,
 Si dejar de amarla no,
 Podré dejar de vivir.
 —¿Aun lo dudas?

—¿Qué he de hacer?

—Pues da tregua á tus enojos,
 Porque con tus propios ojos,
 Lo vas esta noche á ver.
 —¿Esta noche?

—Te lo juro.

—¿Y cómo?

—Es cosa sencilla,
 Que tiene el sueño la villa
 Muy pesado y muy seguro.
 Todo de mi cuenta corre;
 Á las doce, y muy alerta,

Búscame de la Malmuerta
 Junto á la arábiga torre.
 Una vez allí los dos
 Yo tu duda aclararé;
 No faltes.

—No faltaré.

—Entónces, adios.

—Adios. »

Y dejando en soledad
 La oscura y triste ribera,
 Ambos con planta ligera
 Perdiéronse en la ciudad.

—

Empujadas por el viento
 Se rasgan las nubes negras,
 Abriendo paso á la luna
 Que sus perfiles argenta.
 Han sonado ya las doce,
 Apagándose con ellas
 Los rumores en la calle,
 Las luces en las viviendas.
 Sólo dos sombras confusas
 Se ven en una plazuela
 Contigua á la vieja torre
 Llamada de la Malmuerta,

Cuyas dos sombras calladas
Que dos mancebos semejan,
Ya escuchando se detienen,
Ya inquiriendo se pasean.
De pronto, tras de una esquina
En el muro se repliegan,
Y sus miradas dirigen
Hacia una ventana estrecha,
Donde al fulgor de una lámpara
Vaga imágen se proyecta.
Es una mujer; su aspecto
Denuncia su gentileza,
Que al interrogar ansiosa
Con los ojos las estrellas,
Su faz y la de la luna
Disiparon las tinieblas.
Turbada está y pensativa
Como quien teme ó espera,
Y sabe Dios cuánto tiempo
Le durára la tristeza,
Si un sordo rumor de pasos
Que por instantes se acerca
No convirtiese en carmines
De su tez las azucenas.
Tres exclamaciones mudas

Que el alma robó á la lengua
 Al mismo compas dijeron :
 — ¡ Amor ! — ¡ castigo ! — ¡ vergüenza !

Pronto llegó el embozado
 De su esperanza á la meta,
 Y á una señal convenida
 La niña, con mano diestra,
 Lanzó á la calle una llave
 Que botó contra las piedras.
 No tuvo, con todo, tiempo
 El galan de recogerla,
 Que otro embozado á tal punto,
 El pié poniendo sobre ella,
 — « ¡ Atras ! — exclamó con ira —
 Y descúbrase quien sea,
 Que es oficio de ladrones
 Ir á caza de estas prendas. »
 Sonó un grito en la ventana,
 Surgió otra sombra siniestra,
 Y dos espadas desnudas
 Relampaguearon inquietas.
 — « ¿ Qué haces, Agustin ?

— Vengarte ! —

Contestó una voz resuelta.

— Reñid, pues, y no uno á uno ;

Para los dos tengo fuerzas. »
Y hablando el desconocido,
La capa arrolló á la izquierda
Y en la pared apoyándose
Dió principio la pelea.
Mas al ver Adrian su rostro
Donde la luna refleja,
Entre los dos combatientes
Lanzóse, con tal demencia,
Que herido por un acero
Cayó desplomado en tierra.

En esto á abrirse empezaron
Los balcones y las rejas;
Algun vecino celoso
Echó al aire la linterna;
Dieron chillidos de espanto
O de envidia las doncellas,
Y de ronda ya cercana
Trajo el aviso una dueña.
Detras del feliz amante
Se oyó crujir una puerta,
Y Agustin al verse solo
Con su amigo, que no alienta,
Levantándolo en sus brazos

Cual si tierno niño fuera,
En silencio y muy de prisa
Ganó la oscura calleja.

Gotas de sangre en el suelo,
Una llave casi nueva,
Mucho corrillo en la plaza,
Y mucha boca indiscreta,
Eso halló no más la ronda
Cuando, armada y soñolienta,
Llegó al lugar del suceso
Con su alcalde á la cabeza.

II.

De un convento las campanas
Sin intervalo repican,
Que hacen en Córdoba fiesta
Los hermanos Carmelitas.
Por donacion de un devoto
Se ha fundado una capilla,
Y ya el altar concluido
Se bendice en este dia.!

El lienzo que lo decora
Una cruz tiene por firma,
Y ha servido en él de asunto
Magdalena arrepentida.
Dicen que es de autor anónimo
Los curiosos que lo admiran,
Y hallan extraño se oculte
Quien es tan insigne artista.
La pecadora sublime
Rezando está de rodillas,
Siendo su templo el recinto
De una caverna sombría,
Un crucifijo y un cráneo
Los que su oracion inspiran,
Su lecho la dura piedra,
Su descanso la vigilia,
El cielo su juez airado,
Y su verdugo ella misma;
Nunca á perfeccion tan alta
Llegó la belleza física,
Como en aquella pintura,
De los ojos maravilla.
A traves de los harapos
Se ve un alma que palpita,
Que vive, y recuerda, y siente,

Y ama, y espera, y confía.
De aquel demacrado rostro
En las virginales líneas,
Inútilmente se buscan
Las huellas de la lascivia;
Todo lo borró el encanto
De la aspiracion divina,
Cual ola que á cada embate
Deja la arena más limpia.
Ya va llenando la gente
La anchurosa galería,
Ya el sacristan los atriles
Dispone para la misa.
Por llegar junto á la verja
Los más impacientes lidian,
Y hay quien llega sin pensarlo,
Porque á la fuerza le obligan.
Uno descuella entre todos,
Uno á quien cuantos le miran
Abren paso, hasta ponerle
El primero de la fila.
Tras él avanza una jóven
De negras tocas vestida;
Ambos se paran á un tiempo,
Y al cuadro elevan la vista.

— « ¿Qué os parece, señor Céspedes? —

Dice el sacristan con risa ;

Oiga yo de vuestra boca

Si es tan bueno como afirman.

— Pues digo — exclama el maestro —

Que del pintor tengo envidia,

Y que, ó debe ser Ticiano,

Ó vive Adrian todavía. »

Bajó la dama al oírle

La frente descolorida,

Y en el rincon más oscuro

Se escondió de la capilla,

Miéntas Céspedes, teniendo

La mirada en ella fija,

Murmuraba : — « Se parecen

Como dos granos de mirra,

Pero uno corrompe el aire,

Y el otro lo purifica. »

— « ¿ No viene, hermano, á la fiesta? »

Ya el esquilon nos avisa,

Y entra el guardian en el coro

Con cantores y organistas.

Tomar parte en vuestro triunfo

La comunidad ansía,

Que la habeis donado un lienzo
Que, más que lienzo, es reliquia.
—Basta, hermano, y perdonadme;
Rendido estoy de fatiga,
Y á orar me quedo en mi celda,
Ya que la oracion me alivia.
En cuanto al lienzo, es tan pobre
Que, aunque el vulgo lo sublima,
Pienso que el último sea
De cuantos pinté en mi vida.
Todos los que en torno miro
Con el pasado me ligan:
Fantasmas son de unos sueños
Que hoy la realidad disipa,
Y al recordarme mi gloria
Me recuerdan mis desdichas.
Déjeme, pues, buen hermano,
Y mi dolor no le aflija,
Que voy camino del cielo
Con mi corona de espinas. »
Y esto diciendo, quedóse
Desfallecido en la silla,
En tanto que el otro fraile
Al coro se dirigia.

Cuando ya solo en la celda
 Se halló el jóven carmelita,
 Levantóse, y del secreto
 De una papelera antigua
 Sacó una carta cerrada
 Y fuése al balcon á abrirla.
 Vieron desde allí sus ojos
 La ciudad y la campiña,
 El sol que del ancho rio
 Doraba las puras linfas,
 Y al mismo tiempo, y muy cerca,
 Escuchó clara y distinta
 Del órgano del convento
 La celestial armonía.
 Luégo, al sentir que una lágrima
 Le quemaba la mejilla,
 Rompió de la carta el sobre
 Y leyó con faz tranquila :
 «Adrian : Estaré muy léjos
 Cuando estas letras recibas,
 Y en ellas quiero dejarte
 De mi amistad prueba escrita.
 Desde la noche funesta
 En que la suerte enemiga
 De tu amor y mi venganza

Nos arrebató la dicha,
No sólo velé tu sueño
Curando tu grave herida,
Sino que de aquella infame
He sido constante espía.
Si al seductor en tres años
Mi acero no hizo justicia,
Fué recordando lo mucho
Que te amparó su familia,
Cuando en abandono triste
Huérfano y solo vivias;
Pero á la infiel me propuse
Por toðas partes seguirla,
Pregonando sus maldades
Y haciéndola de él indigna.
Esto es lo que he conseguido,
Y ya mi mision cumplida,
Parto á Florencia y á Roma,
Que estudio y placer me brindan.
No casará Magdalena
Con don Rodrigo de Silva,
Quien siente de haberla amado
Vergüenza tan infinita,
Que en expiacion de esa culpa
Ha erigido la capilla

Donde pronto los cristianos
 Alzarán preces benditas.
 No te envolverá en sus redes,
 Porque Dios de ellas te libra,
 Y de todos despreciada
 Sufrirá en breve la inicua
 El rigor de los que lloran
 Y el desden de los que olvidan.
 Adrian, la gloria te espera ;
 Eres monje, fuiste artista ;
 Hoy puedes ser las dos cosas ;
 Mira al cielo, reza y pinta.
 Yo te animaré á la lucha,
 Y cuando al pesar te rindas
 Llama á Agustin del Castillo,
 Que no faltará á la cita. »

Mordióse el fraile los labios,
 En que brotó una sonrisa,
 Hizo pedazos la carta
 Poniendo un beso en la firma,
 Y metiéndose en la celda
 Con desusada energía
 Cuadros, bocetos, apuntes,
 Reunió en una inmensa pira,

Á los cuales aplicando
 Una roja lamparilla
 Que á un viejo Cristo alumbraba
 Metido en una hornacina,
 Hizo pabellon de fuego
 Y pirámide de chispas.

Cuando despues de la fiesta
 La comunidad reunida
 Fué á dar al pintor su hermano
 Enhorabuenas y albricias,
 Halló un fraile moribundo
 Sobre un monton de cenizas.

Años hace que de Córdoba
 Visitando las ruínas,
 En la oscuridad de un templo
 Fijé en un cuadro la vista.
 De una bella pecadora
 Ser retrato parecia,
 Y en él no se vislumbraban
 Nombre, ni fecha, ni cifra.
 ¿Era de Adrian la pintura?
 ¿Era Magdalena misma?

Nunca llegué á averiguarlo
Pero aquel hermoso enigma
Aun, si á mi memoria acude,
Siento que el sueño me quita.

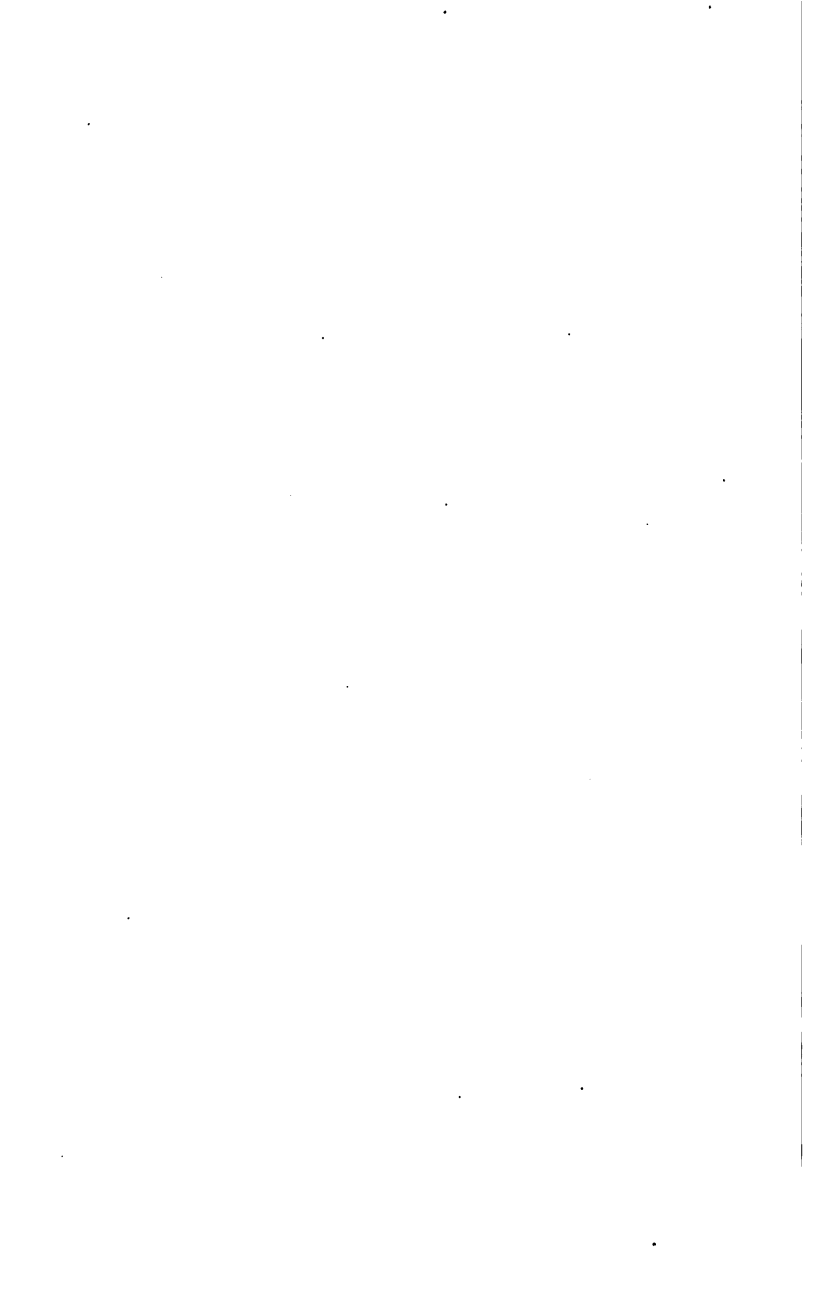


LA PRIMAVERA.

BOCETO DE UN POEMA.

Á MI QUERIDO AMIGO Y COMPAÑERO,

JOSÉ P. VELARDE.





LA PRIMAVERA.

BOCETO DE UN POEMA.

PRELUDIO.

YA mar, y tierra y viento
El himno cantan que al empíreo sube;
Ya el prado, ayer sediento,
Recoge el llanto que le da la nube.

Del tronco carcomido
Se columpia la verde enredadera,
Y llama desde el nido
Á la tórtola fiel su compañera.

Rumor de onda sonora
 En el aire y el bosque se percibe,
 Y al beso de la aurora
 Todo se anima y se despierta y vive.

--

¡ Salve, estacion amada,
 Por Dios y por los hombres bendecida,
 Madre siempre esperada
 Que de sus pobres hijos no se olvida !

—

Aun de tu sol el rayo
 De mi pecho en el fondo reverbera;
 ¡ Crepúsculos de Mayo,
 Alegrad mi cansada primavera !

CORO DE INTRODUCCION.

Nosotras somos el alegre coro
 De esa deidad que el tiempo llama Abril,
 Y preso el mundo en nuestras redes de oro
 Ve deslizarse el sueño juvenil.

—

Dicha, amor, esperanza, poësa,
 Todo en nosotras vinculado está ;

Alba de la Creacion fué nuestro dia,
Su noche á nuestra noche seguirá.

—

Con Grecia amanecemos á la Historia;
De Colon y Cortés fuimos en pos ;
Los opresores nos llaniaban gloria;
Los oprimidos nos llamaron Dios.

—

Del Arte y de la Ciencia mensajeras,
Los hicimos brotar ó renacer,
Y fueron del ingenio primaveras
Newton, Murillo, Dante, Gutenberg.

—

Hoy, respondiendo al eco de tu lira,
Juntas llegamos en tropel aquí ;
¿Cuál de nosotras es la que te inspira?
Dínoslo ya. — Y el vate dijo así :

LA PRIMAVERA DEL AMOR.

Un alma está dormida ;
De pronto un movimiento,
Una explosion oculta
De dulce sentimiento,

La voz jamas oida
De algun soñado sér,
Rompiendo su letargo
La llevan en sus alas,
De espacios infinitos
Por las abiertas salas
Entre dolor amargo
Y celestial placer.

Así en la mente brota
El fuego de la idea ;
De la materia surge
La voluntad que crea,
Y el hombre, eterno ilota,
Se iguala á su Hacedor;
Cuando en la opaca bruma
De la naciente vida,
Contempla con el gozo
De la ilusion cumplida
Formarse de la espuma
La Vénus del amor.

¡Amor! grito primero
De todo humano idioma,
Flotando sobre el cáos

Como celeste aroma,
El universo entero
Postróse ante tu altar.
Y del Eden fecundo,
Perdidos los verjeles,
Cual irritado atleta
Ganoso de laureles,
En otro Eden el mundo
Viniste á trasformar.

Por tí vistió natura
Sus galas más hermosas,
Por tí la vírgen tierra
Se coronó de rosas,
Y de la fuente pura
Fué música el rumor.
Por tí crece en el lodo
Contento el vil gusano;
El tronco ayer marchito
Retoña más lozano;
Por tí germina todo
Átomo, fruto, flor!

¡ Bendita primavera,
Símbolo de la infancia!

¡ Dichoso aquel que aspira
 Tu mágica fragancia
 Y por la vez primera
 De amor cede al poder!
 ¡ Que cuando sopla airado
 De invierno el cierzo rudo,
 Mejor el árbol troncha
 Que solo está y desnudo,
 Que el que miró á su lado
 Sus vástagos crecer!

PRIMAVERAS PASADAS.

Jardines del Buen Retiro,
 De Madrid rico verjel,
 ¡ Cuántas primaveras visteis
 Sobre vosotros correr!
 ¡ Cuántas damas y galanes,
 Llenos de amor y de fe,
 En vuestras amenas frondas
 Oyeron con avidez
 Los halagos del cariño
 Y las quejas del desden!
 Aún cuando al morir la tarde

Palidece el astro-rey,
 Ó la brisa matutina
 Columpia el alto cipres,
 No hay arbusto que no tome
 La forma de una mujer,
 Ni ruido que no murmure
 Laura, Julieta, Isabel.....

Allí de Lope y Quevedo
 Sigue las huellas el pié;
 De la córte de Felipe
 Se admira la esplendidez,
 Y el llanto asoma á los ojos
 De cuantos quisieron bien
 Del noble Villamediana
 Recordando el fin cruel.
 ¡Pobre poeta! hasta el cielo
 Pudo atrevido ascender,
 Y el rayo que allí se forja
 Diadema de su amor fué.
 Por eso los cortesanos
 Le llamaron descortés,
 Que donde el capricho impera
 La adulacion es de ley.
 ¡Jardines del Buen Retiro,
 Qué de historias escondeis!

Tambien era primavera,
Y mes de Mayo tambien,
Cuando haciendo vuestras flores
Alfombra de su corce,
Un invasor atrevido
Humilló nuestra altivez.
Vosotros testigos fuisteis
De la saña del frances,
Y áun en triste montecillo
Alzada la cruz se ve
Á cuya sombra los mártires
Duermen el sueño postrer.
Bordado está de amapolas
Todo el montecillo aquél,
¡Del cadáver de la patria
Gotas de sangre tal vez!

PRIMAVERAS PRESENTES.

Son las seis de la mañanz,
Y á dar al cuerpo respiro
Y á sacudir la galbana
Diríjese hácia al Retiro
La multitud cortesana.

Cuantos enfermos están
Á los pilones se van
Con el vaso preparado;
Buscando gente el casado,
Huyendo de ella el galan.

Al estanque en que se alegra
Va la pobre suripanta
De suerte y mantilla negra,
Y los maridos con suegra
Al baño de la Elefanta.

Del Parque toma el sendero
El que de Alcázar ó Quero
Llegó con mujer y chicos,
Y en la jaula de los micos
Parece el mico primero.

Al sueño suele llamar,
Haciendo que aprende Historia
Más de un fingido escolar,
Sentado junto á una noria
De que debiera tirar.

Miéntras de un peral al pié
Disputan Pedro y José,
Ya de la furia en el colmo,
Sobre cuál la tierra fué
Donde dió peras el olmo.

Todo es rumor y alegría
En aquel recinto ameno;
Todo luz, todo armonía
Bajo su cielo sereno
Y entre su enramada umbría.

El aire fresco y sutil
Con flores y plantas juega,
Y la turba juvenil,
Gozando también su Abril,
Juega á la gallina ciega.

Aquí cien niñas gozosas
Juntan en corro las manos,
Crisálidas vaporosas
Que dejan de ser gusanos
Y van á ser mariposas.

Más allá Concha y Camila,
Ocultas en el Parterre,
Comentan con faz tranquila
El billetito de un lila
Que escribe virtud sin erre.

Y en revuelta confusion
Halla el cuerpo retozon,
Libre de penas y enojos,
Encanto para los ojos,
Placer para el corazon.

Regalada primavera,
¡Quién el secreto tuviera
De tu espíritu fecundo,
Que anima y que regenera
Todos los años el mundo!

¡Quién por mágico poder
Eterna lograra hacer
En dulce, inefable calma,
La primavera del alma
Que huyó para no volver!

¡ Y viviendo de esta suerte
 Pudiera en batalla ruda
 Triunfar animoso y fuerte
 Del otoño, que es la duda,
 Y el invierno, que es la muerte!

LO QUE DICEN LAS HOJAS.

Moviendo su penacho,
 Dice la palma :
 — Del vencedor soy premio,
 Del mártir, gala.
 — Yo, murmura la rosa,
 Soy la fragancia.
 — Y yo, prorumpe el sauce,
 Dolor que mata.
 — Soy fuerza, grita el roble,
 — Yo, el laurel, fama.
 — Yo soy virtud, la encina
 Dice en voz baja.
 Así al cielo y al aire
 Las hojas hablan,
 Cuando aquél resplandece
 Y éste se apaga,

Y sonrien los pinos
 Á las acacias,
Y lloran las adelfas
 Enamoradas,
Y se buscan las vides
 Y se entrelazan.
Sólo el cipres oscuro
 Suspira y calla,
Pareciendo en la noche
 Negro fantasma,
Que de volar cansado
 Plegó las alas,
Ó bien en la llanura
 Triste atalaya,
Enseñando el camino
 De su morada
Á las que al cielo aspiran
 Cándidas almas.
Por eso de las tumbas
 La puerta guarda,
Y cuando el suelo cubre
 Manto de escarcha,
Su copa al aire mece
 Siempre lozana.

LO QUE DICE EL RUISEÑOR.

Cruce el águila caudal
La vaga region del viento,
Y escalando el firmamento
Conquiste gloria inmortal.
En tanto yo de un rosal,
Méno alto que florido,
Colgaré mi alegre nido,
Y de las aves al coro
Uniré el canto sonoro
Ni ensayado ni aprendido.

Cantor de la primavera
La suerte me quiso hacer,
Y me escucha con placer
La naturaleza entera.
Más de una vez la pradera
Contemplé de sangre roja,
Y entre la mortal congoja
Y el incendio aterrador,

Iba mi canto de amor
Resonando de hoja en hoja.

Poetas y ruseñores
Del mismo soplo nacimos,
Y en el mundo en que vivimos
No hay más que música y flores.
En vano con sus rigores
Nos brinda fortuna inquieta,
Que miéntras guarde el planeta
Luz, primavera y amor,
Al canto del ruseñor
Responderá el del poeta.

LO QUE DICE EL POETA.

SONETO.

¡Ensueños de ambicion, dicha engañosa,
Como todas las nubes pasajera!

¡Con qué placer al fin de mi carrera
Os doy mi despedida cariñosa!

Ya no codicia más el alma ansiosa,
Que la verdad y el bien busco sincera,
Que dormirse á tu arrullo, primavera,
Y entre flores hallar oculta fosa.

Sobre ella trine el ruiseñor canoro;
La tenue luz del espirante dia
Baje á envolverla en sus crespones de oro.

No cantará ya el vate cual solia.....
Pero ¡silencio!..... contened el lloro.....
¡Acaso esté soñando todavía!

MURILLO.

—

LEYENDA BIOGRÁFICA.





MURILLO.

LEYENDA BIOGRÁFICA.

JUNTO á la orilla del Bétis,
Que al par fecunda y alegre
Los verjeles sevillanos
Conque áun el árabe sueña,
Hace dos siglos y medio,
Largos ya, segun mi cuenta,
Que en una humilde casita
De la calle de las Tiendas,
Al nacer un débil niño,
De amante consorcio prenda,
Nació la gloria más pura

De las glorias de esta tierra.
Si era ó no de alcurnia noble,
Si era hidalgo ó no lo era,
Ni las crónicas lo dicen
Ni en verdad nos interesa;
Que títulos de hidalguía
Cual los que Murillo ostenta,
Ni se tienen, ni se piden,
Ni se compran, ni se heredan.
Que fueron pobres sus padres
Se da como cosa cierta,
Y no es de extrañar, que el cielo
Hace á menudo que crezcan
En las conchas más ocultas
Las más peregrinas perlas.
Signo de que fué su infancia,
Como su origen, modesta,
Es que hasta los más curiosos
No paran mientes en ella,
Siendo la primer noticia
Que de Murillo se encuentra
La que consigna el comienzo
De su brillante carrera.
Túvolo Juan del Castillo
De niño casi, en su escuela,

Allí cultivó el dibujo
Con mano firme, aunque tierna.
Muy pronto de su maestro
Hubo de llorar la ausencia,
Y desvalido y sin guía
Vivió, llevando á la feria
Las imágenes devotas
Que hacía en tablas y en telas,
Y que por precio mezquino
Se exportaban para América.
Pero al ver de Pedro Moya,
Llegado allí de Inglaterra,
Las magníficas figuras
En que Vandick se refleja,
Romper su cárcel ansía
Volando á más alta esfera,
Que son muy grandes sus alas
Para prision tan pequeña.
Mas ¡ay! Vandick ya no existe,
Y soñador y poeta,
Á Italia vuelve los ojos
Y en marchar á Italia piensa.
Trabaja entónces con brío,
Lienzos y más lienzos llena,
Y á un mercader que su viaje

Para las Indias apresta,
 Hace resuelto y prudente
 De sus cuadros almoneda.
 Y sin decírselo á nadie,
 Sin despedirse siquiera,
 De Madrid toma el camino
 Y á Velazquez se presenta,
 Que como amigo y paisano
 Le dice con alma y lengua :
 —Disponed de cuanto tengo,
 Genio, taller, cama y mesa.

—

Dos años van trascurridos ;
 Dos años Murillo lleva
 Viviendo en Madrid la vida
 Del sentimiento y la idea.

No hay ya secreto en el arte
 Que su pincel no sorprenda,
 Pues con Velazquez le inspiran
 Rubens, Ticiano y Ribera.

Pero un color le seduce
 Que no tiene en su paleta,
 Y es el azul de aquel cielo
 Al que ninguno semeja.

Y por eso decidido

Dando á Sevilla la vuelta,
— ¡Gracias á Dios! — repetia
Viendo la Giralda cerca.

Tierra donde fué á espirar
Y que le viste nacer,
Bien puedes ufana estar,
Que en la cuna de aquel sér
Puso la gloria un altar.

Tu cielo en él se grabó
Con resplandores tan bellos,
Que nadie á saber llegó
Si el artista los copió
Ó si le copiaron ellos.

Quizá en sus sueños veia
El contorno soberano
De la imágen de María,
Cuando con segura mano
En el lienzo la imprimia.

Y á custodiar su tesoro,
Maravilla del decoro

Y tormento de Luzbel,
De los ángeles el coro
Brotaba de su pincel.

Belleza tan bien sentida
Que bien en ella se advierte
Sirve á una fe decidida,
De aspiracion en la vida,
De galardón en la muerte.

¡Murillo! si en esa altura
Del hombre ofrendas recibes,
Si alcanzaste la ventura,
Y entre esos ángeles vives
Que idealizó tu pintura :

Tú que el arte y la poesía
Fundistes en el crisol
De tu hermosa fantasía,
Con la del pueblo español
Recibe la ofrenda mia.

JUAN BRAVO, EL COMUNERO.

LEYENDA.

•



ADVERTENCIA.

Por encargo de mi buen amigo Mariano Vazquez, director de la *Sociedad de Conciertos*, escribí en breves horas la leyenda de *Juan Bravo*, con objeto de que se leyera en los intermedios de la magnífica composición musical que Bethoven intercaló en los entreactos de *El Conde Egmont*.

Razones fáciles de comprender me hicieron cambiar el personaje sustituyéndole por otro algo parecido en la muerte, ya que no en la vida; y mi leyenda, declamada, como él sabe hacerlo, por el distinguido actor Rafael Calvo, obtuvo un éxito superior al que yo esperaba y ella merecía. La incluyo, por tanto, en este libro, sin alterar en nada su estructura, para que conserve su carácter, que no es otro que el de una improvisación poético-musical.





JUAN BRAVO, EL COMUNERO.

LEYENDA.

(1521)

PRÓLOGO.



ON sordo rugido anuncia
La mal comprimida cólera,
Que por libertad suspira
La noble tierra española.
Le dió el César Cárlos Quinto
Mucho nombre y mucha gloria,
Mas de prelados y grandes
Sufre la coyunda odiosa,

Y los castellanos pagan
Mientras los flamencos cobran.
Aun el temor del castigo
Pone mordaza en las bocas,
Y ocultos están los hierros
Y están sin bruñir las cotas,
Que esclavo que la cadena
Llevó puesta muchas horas
De sus miembros entumidos
Tarde la fuerza recobra.
Por eso cuando los hombres
Se juntan en són de broma
En las fiestas populares
Con que se alegra Segovia,
No son donaires ni chistes
Ni juegos de gente moza,
Sino palabras sombrías
Y ardientes miradas torvas
Lo que ven y lo que escuchan
Cuantos al corro se asoman.
Sólo si algun indiscreto,
Por una causa ó por otra,
De algun nombre venerado
Llega á evocar la memoria,
Todos los labios sonrien,

Todas las manos se chocan ,
Todos los ojos fulguran,
Y sueñan las almas todas.
— ¡ Padilla ! dicen en coro —
Él nuestro derecho apoya,
Y á su voz y á su ardimiento
No hay quien resistencia oponga.
Pero aún es mayor el gozo
Si deslizado en la sombra ,
El recuerdo de Juan Bravo
Despierta esperanzas locas.
Ídolo de los pecheros,
De los nobles prez y antorcha ,
En la apostura arrogante
Y gentil en la persona,
No hay peligro que no venza,
Ni infortunio á que no acorra,
Ni corazon que no gane
En lides tiernas ó heroicas.
Mas de tantos corazones
Que le siguen y le adoran,
Uno solo le avasalla
Y ante uno solo se postra:
El que palpita en el seno
De la vírgen pudorosa,

Emblema de su ventura
 Y flor de celeste aroma,
 Que con su sonrisa rie
 Y con sus lágrimas llora.
 Pensativa está María,
 Que Bravo á luchar se arroja,
 Y ella el combate desea
 Que ya próximo pregonan
 Los latidos de su pecho
 Y de su amor las zozobras.
 Volar quisiera á su lado,
 Y al ver que su afan no logra,
 Canto parecen de guerra
 Sus apasionadas notas.

I.

Niña, que en sueño de amor
 Anhelas para el que quieres
 Del combate los placeres
 Y del triunfo el esplendor.

—

Feliz tú que no imaginas
 Que del tiempo á los rigores

No hay corona, ni aún de flores,
En que no broten espinas.

—

Pronto de lucha tenaz
Vas á sentir el desvelo;
Pronto tus ojos al cielo
Se alzarán pidiendo paz.

—

Y entre el horrendo fragor
De la tormenta que brama
Y el delirio de tu amor,
Mariposa del dolor
Te abrasarás en su llama.

II.

Ya estalló la rebelion,
Ya por valles y colinas
Pregoneras las rüinas
De horrores y llanto son.
Ya el comunero pendon
Al viento alzado tremola,
Y, desbordada cual ola
Por la lluvia de la guerra,

Enrojando la tierra
Corre la sangre española.

No hay pueblo, ni hay alquería
Que no responda al mandato,
Ni campana que á rebato
No suene de noche y día:
No hay por inútil ó impía
Arma al combate vedada,
Que en la contienda empeñada
Sirven todas por igual,
Y á veces logra el puñal
Satisfacciones de espada.

Con astucia de chacales,
Y firme el hierro en la mano,
Contra el bando castellano
Avanzan los imperiales.
Cabezas muy principales
Sus iras pueden temer,
Que va la nube á crecer,
Y el rayo que allí fulgura,
Donde ve mayor altura
Es donde viene á caer.

Bien Padilla lo previno
 Cual prudente caballero,
 De Bravo su compañero
 Haciendo propio el destino.
 Ambos del fatal camino
 Van por la misma pendiente.
 Y al hundirse en Occidente
 El sol, que ya no verán,
 Así platicando están
 De sus soldados al frente:

—

— Bravo, no espero vencer,
 Ni me aterra combatir;
 Cual bueno sabré morir
 Cumpliendo con mi deber.
 Pero tú, dichoso ayer,
 Tú, para quien es la vida
 Como una senda florida
 De juventud y de amor,
 Déjame con mi dolor,
 Y este ingrato pueblo olvida.

—

— No es popular gratitud,
 Padilla, lo que yo ansío;
 Es que en este pecho mio

Sólo arraiga la virtud.
 Consagré mi juventud
 Á la patria, y no te asombre,
 Más que el soñado renombre,
 Más que la marcial victoria,
 Busco el rumor de la gloria
 Y amo la dicha del hombre.

—
 Si una corona algun dia
 Conquisto, sin anhelarla,
 Será para colocarla
 En las sienes de María.
 Su imágen me alienta y guia
 En esta lucha terrible,
 Y afrontando lo imposible
 Voy al combate sereno,
 Con la esperanza del bueno
 Y la fe del invencible.

—
 —Bravo, por última vez.
 —Todo, Padilla, es en vano;
 Tú cejas ante el arcano,
 Yo mido su lobreguez.
 Si es valor ó insensatez
 Lo dirá nuestra fortuna;

Y adios , que viene impórtuna
 La noche hácia el campamento,
 Y ya su disco sangriento
 Muestra en el zénit la luna.

—

En esto el clarin sonó
 Dando tregua á la fatiga,
 Y la hueste de la liga
 Al descanso se entregó.
 Todo en silencio quedó
 Y todo en sombra á la par,
 Pudiendo sólo observar
 El escucha que rondaba,
 Un jinete que volaba
 Camino de Villalar.

III.

Un momento en el pecho de Bravo
 La duda se alzó,
 Para huir cómo nube que ahuyentan
 Los rayos del sol.

—

Ya no escucha sonar del amigo
 La trémula voz ;
 Ya tan sólo á la gloria sonrie
 Su fiel corazon.

—

De su amada los brazos le esperan
 Que tanto anheló,
 Y ya siente á lo léjos sus dulces
 Endechas de amor.

.

.

—

Canta , canta delirante
 De tu victoria el instante
 Y abre paso á la esperanza ,
 Porque ese rumor que avanza
 Es que se acerca tu amante.

—

Contempla ya su hermosura ,
 Y aunque de férrea armadura
 Le vistieron los enojos ,
 Haz que el fuego de tus ojos
 Rompa su cárcel oscura.

—

¿Que si es tuyo, y si es tu Juan
 Á tí misma te preguntas?.....
 ¿No te lo dice tu afan,
 Y esos lazos en que juntas
 Vuestras dos almas están?

—

Atras dejando el clamor
 Hijo del bélico ardor
 Viene tu aliento á beber;
 ¡Háblale sólo de amor
 Aunque él te hable de deber!

—

Nube fantástica y leve
 Os traza senda ignorada;
 Id donde benigna os lleve,
 Que en esa region soñada
 Hasta la ventura es breve.

—

Gozad la dulce armonía
 Que puso en lo eterno Dios
 Y á la muerte desafia,
 Por la que el hombre daría
 Dos vidas..... ¡si hubiera dos!

IV.

¡ Muda quedó la libertad querida !
 Sangre lleva del Duero la corriente ,
 Y está la luz del sol oscurecida
 Y esconde el miedo en el hogar la gente.

Tal despues del rumor que á su caída
 Produce entre las peñas el torrente,
 Halla en hondo y pacífico remanso
 Turbias espumas y mortal descanso.

—
 Vencida fué la hueste coligada,
 Y ante la fuerza sucumbió el derecho ;
 De Villalar con la feliz jornada
 Bien puede estar el César satisfecho.

Su formidable victoriosa espada
 Del temido leon se hundió en el pecho,
 Y la muerte las cárceles pasea
 Corto hallando el botin de la pelea.

—
 ¡ Bravo se agita allí ! Sueños de gloria,
 Inquietudes de amor, delirios vanos,
 Todo bulle y fermenta en su memoria

Como en podrido tronco los gusanos.

La luz que le llevaba á la victoria
Cegó sus ojos y quemó sus manos,
Y en el recinto de prision oscura
Ve trocado el eden de su ventura.

—

¡ Si sordo de Castilla á los acentos
La voz de la verdad hubiese oido !
¡ Si desdeñando quejas y lamentos
Viviera en dulce calma adormecido !

¡ Si de amor por los tiernos juramentos
Sepultára el del ódio en el olvido !.....
Mas ¿ quién con torpe lengua y alma baja
Al héroe ofende y al amante ultraja ?

—

— Antes la muerte — arrebatado grita —
Que de mi patria renegar cobarde;
Por ella siempre y por mi amor palpita
El corazon en generoso alarde.

Áun te idolatro, libertad bendita,
Y pues has de lucir, temprano ó tarde,
Haz que un destello de tu lumbre pura
Descienda á iluminar mi sepultura.

V.

¿Qué sombra será aquella
 Que triste y á deshora
 Cruzando va las calles
 Del lóbrego lugar?
 Es la gentil doncella
 Que á Bravo fiel adora,
 Y diera hasta la vida
 Su vida por salvar.

—
 De puerta en puerta corre
 Llamando á la venganza,
 Mas nadie de su cuita
 Consuela la afliccion.

Y al pié del alta torre
 Do vive su esperanza,
 Quisiera en cien pedazos
 Dejar el corazon.

—
 Inútil es, María,
 Tu afan y tu ardimiento,
 De Bravo la memoria

No exalta al pueblo ya.
Triunfó la cobardía
Del varonil aliento,
Y él fuerte hácia el abismo
Precipitado va.

¡ Por Dios, niña, no llores !
El fuego que te inflama
Quebrar no puede el muro
Que guarda á tu doncel.
Amor de los amores
En su dolor te llama ;
No aumentes con tu pena
La pena que hay en él.

Mas ¡ cielos ! tu rodilla
Se dobla temblorosa,
Tus ojos al espacio
Se elevan sin mirar ;
La nieve en tu mejilla
Sustituyó á la rosa ;
En la perpétua noche
Tu espíritu va á entrar.

Su amor era la esencia
 De tu vivir tranquilo;
 Él te prestaba aliento,
 Bebiéndole de tí.
 La muerte ó la demencia
 Se ocultan en tu asilo,
 Y al cielo te adelantas
 Para esperarle allí.

—
 Mañana, al suspirado
 Fulgor del nuevo día,
 Cuando los bronces suenan
 Con fúnebre clamor,
 Recíbele á tu lado
 Y ofrécele, María,
 La libertad eterna
 Y el perdurable amor.

VI.

¿Qué pasaba en la cárcel miéntas tanto?
 ¿Qué luchas, qué agonías
 Llenaban de zozobra ó de quebranto
 El pobre corazón, muerto al encanto

De alegres horas y dichosos dias ?.....
 Bravo es feliz ; ha dado á la existencia
 Su último adios , y el alma resignada
 Tranquila espera la fatal sentencia ;
 El ángel del candor y la inocencia
 Velará por su nombre y por su amada.

Salir de esta morada

Solicita no más, y de su empeño

Por acortar el plazo,

Llama en su ayuda al apacible sueño

Que amoroso le brinda su regazo.

Y sueña ver que los macizos muros

Se abren de su prision, y en lontananza

De un sol radiante á los destellos puros

La libertad esplendorosa avanza.

De sus centros oscuros

Huyen el fanatismo y la codicia

Con la ambicion, y el crimen y la guerra,

Ídolos que fabrica la malicia,

Y adora ya la tierra

Un ídolo tan sólo ; ¡la justicia !

Logró por fin el héroe su victoria

Que hace inmortal la fama ,

Y escuchando los cánticos de gloria

En delicioso arrobamiento exclama :

¡ Oh dulce sueño del mortal amigo!
 Bendígate el Señor ;
 Vienes á mí callado y sin testigo
 Como á cita de amor.

Tú disuelves los tristes pensamientos
 Que al alma angustia dan ;
 Tú alegras con placeres los tormentos
 Que ya no volverán.

Y envueltos en la nube perfumada
 Que tiñes de zafir ,
 Nos hundimos felices en la nada
 Dejando de sufrir.

VII.

¿ Tocó tu frente el laurel
 Y fué la suya amorosa
 La que ceñiste con él ?
 ¡ Halló recompensa hermosa
 Tu sacrificio cruel!

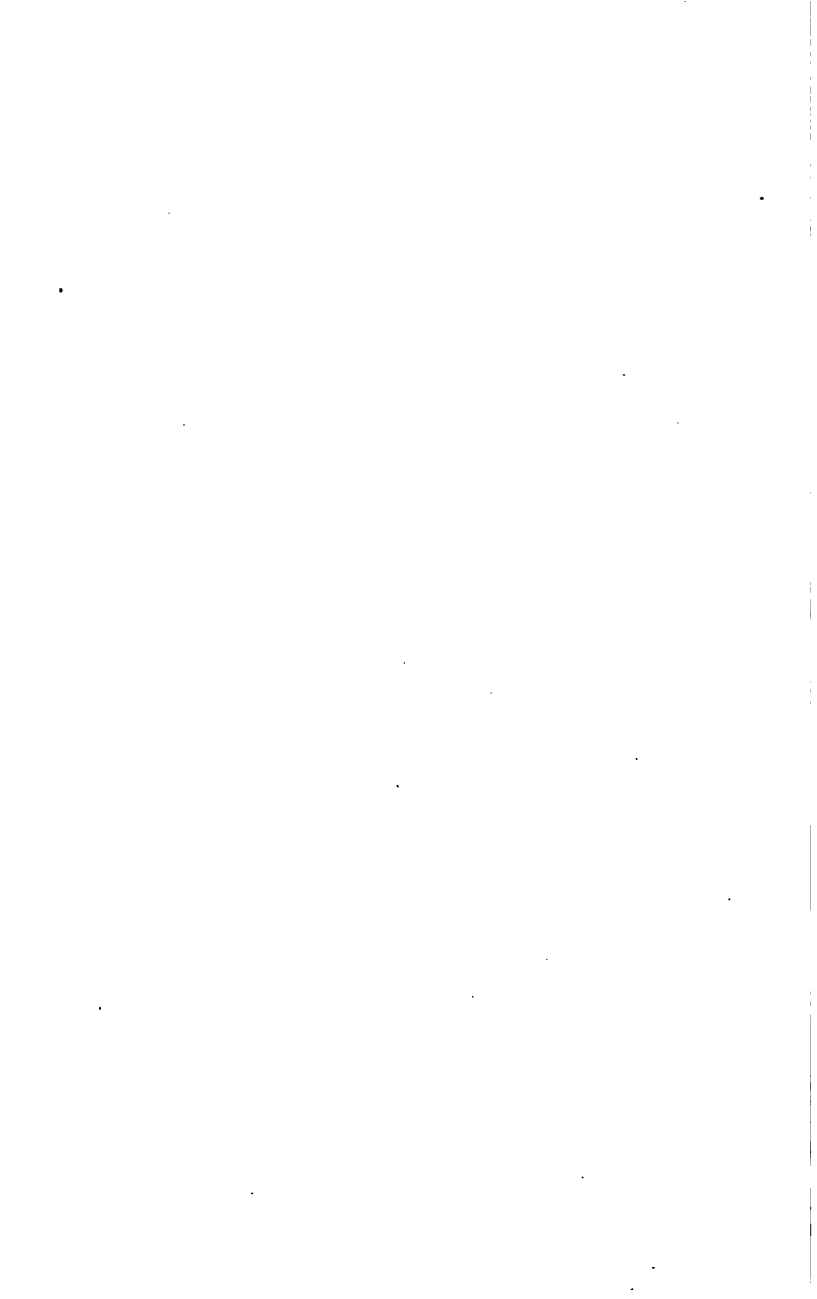
Por la traicion subyugado
Y por la fuerza rendido,
Como atleta no domado
Te levantaste caido,
Y venciste derrotado.

No morirá tu memoria,
Ni anhelan más grata suerte
Cuantos pretenden tu gloria,
Porque la mayor victoria
Es el vencer á la muerte.

Y pues no fuera el dolor
Digno premio á hazaña tal,
¡ Vaya al mártir nuestro amor ,
Y en honra del venecdor
Resuene el himno trjunal !

1.º Mayo 1881.

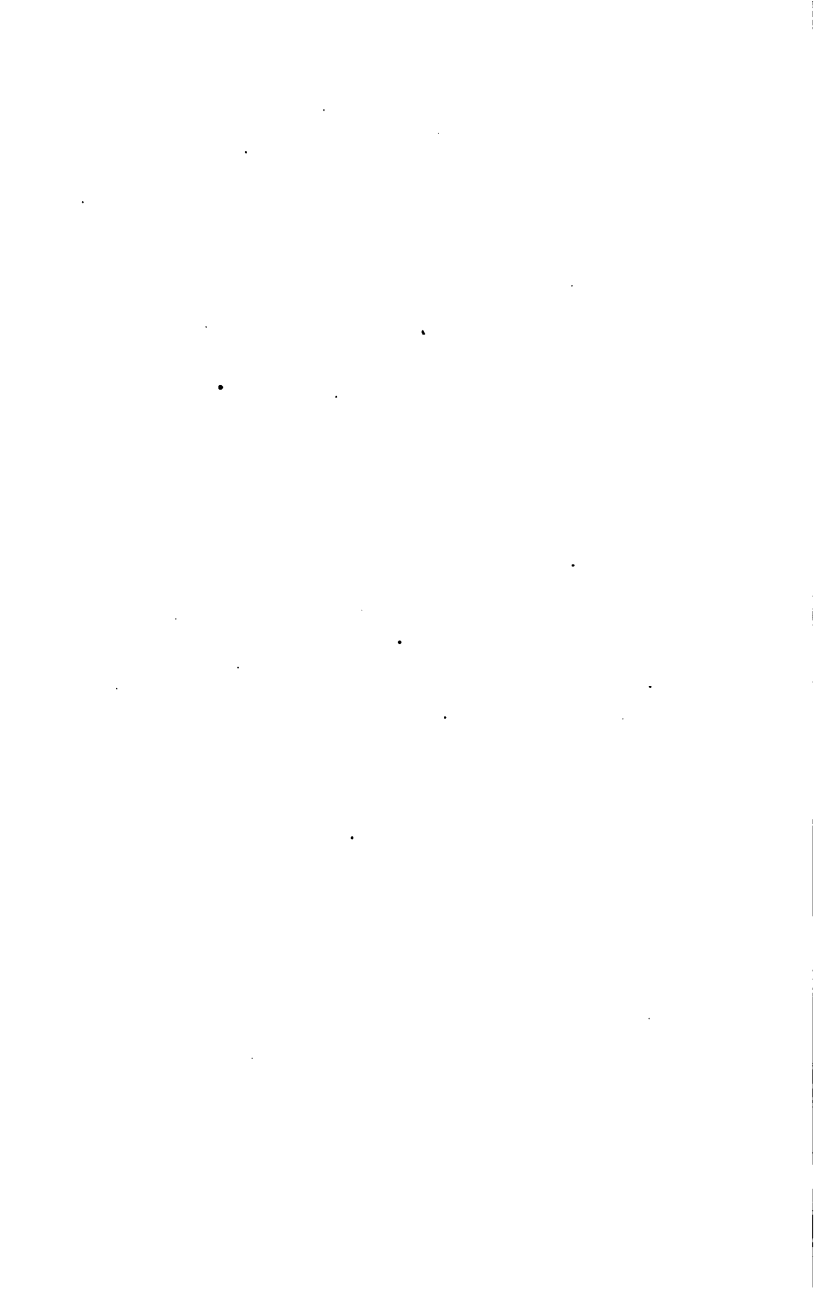




EL PUÑAL DEL CAPUCHINO.

LEYENDA FANTÁSTICA.

Á MI HERMANO ÁNGEL.





EL PUÑAL DEL CAPUCHINO.

LEYENDA FANTÁSTICA.

I.

Escenario, los Abruzzos;
Decoracion, un convento;
Actores, un capuchino
Y dos jóvenes viajeros.

Extiende su densa bruma

Cerrada noche de invierno ,

Y los vidrios de la celda

Azota furioso el viento.

— De modo — murmura el fraile —

Que á marchar estais resueltos.....

— Sí tal.

— Por más que me pese,

Vuestra decision respeto.

La Santo Madona os guie ,

Que es peligroso el sendero ,

Y no está el monte poblado

Por santos, ni mucho ménos.

¿Llevaréis armas?

— Ninguna.

— Hicisteis mal, y lo siento,

Que pecar de confiados

Es casi pecar de necios.

Yo, pobre y humilde fraile,

Nada valgo y nada tengo,

Mas con el alma os bendigo,

Y á Dios pediré en mis rezos

Que os lleve sanos y salvos

De vuestra jornada al término.

Sin embargo, como prueba

De caridad y de afecto,

Algo que puede ser útil

Para el viaje daros quiero;

Tomad, y cuando el peligro

Ya no exista, devolvédmelo.

Y una caja de madera
 Entre las manos poniendo
 Del más gallardo y más jóven
 De los valientes mancebos,
 Silencioso les bendijo,
 Al porton sacóles luégo,
 Y al verles ya cabalgando
 Entróse á rezar al templo.

II.

Jinetes sobre dos mulas
 Cuyos vigorosos remos
 Con paso menudo y firme
 Hieren apénas el suelo,
 Internáronse los mozos
 Del bosque en lo más espeso.
 Las nubes se deshacian
 Empujadas por el cierzo,
 Y entre los pinos brillaba
 La luna de trecho en trecho.
 —¿En qué piensas, Federico?—

Dijo de pronto uno de ellos.

— Pensaba en que más á gusto

Nunca he llevado mi cuerpo.

Buena bendicion por fuera,

Buena comida por dentro,

Buen abrigo, y sin cuidado,

Nada me falta, Lorenzo.

— Dios se lo pague al buen fraile.

— Tienes razon, y por cierto

Que aún su regalo no vimos.

¿ Lo guardaste?

— Aquí le llevo.

— Á ver, á ver; una caja

Con la cifra del convento,

Y en ella.....

— ¡ Mira! un rosario.....

Y un puñal.....

— ¡ Contraste bello!

La vida y la muerte..... el crimen

Y la expiacion..... ¡ oro y hierro!

Mas detente..... ¿ no has oido?

— Alguno que silbó lejos.....

Por allí viene..... es un hombre

Seguido de un perro negro.

— Un pastor..... ¡ Eh! buen amigo,

Acérquese.....

—Ya me acerco.

—¿No habrá por estos contornos

Meson, cuadra ó aposento

En que hallen las bestias cena

Y los racionales sueño?

—Buscaréis inútilmente,

Señores, si buscáis eso:

Estamos de la montaña

En el sitio más desierto,

Y habeis de andar muchas horas

Ántes de llegar al pueblo.

Pero conozco un refugio,

Y con placer os le ofrezco.

Caminad á la derecha,

Y al trasponer aquel cerro,

Al pié de unas viejas ruinas

Y formada con sus restos,

Encontraréis una choza

Donde en verano solemos

Mis cabras y yo hacer alto

Cuando el sol nos da tormento.

Provision de paja y leña

Guardo allí para el mal tiempo,

Y aunque el paraje es muy frio,

Los paredones son recios.
 Haced lumbre, aunque no grande,
 Pues el resplandor del fuego
 Pudiera ser atalaya
 Para algun huésped molesto,
 De esos que cazan lo mismo
 Las mulas que los conejos.
 — Agradecidos quedamos,
 Y si el favor tiene precio
 Decid cuál es.....

— Ni le tiene,
 Ni yo mis favores vendo;
 Conque adios, y buena noche.....
 — Él colme vuestros deseos.

—
 Caminando á la derecha
 Los dos jinetes siguieron,
 Hasta dar en un ribazo
 Que lame turbio arroyuelo.
 Le coronan entre zarzas
 De una torre los fragmentos,
 Y de un murallon hendido
 Amparándose en el hueco,
 Una cabaña se esconde,
 Á la cual sirven de techo

Varios robustos sillares
 De verde hiedra cubiertos.
 — Albricias, ya hemos llegado ;
 ¿Qué te parece, Lorenzo?
 — Que ya me tienes en tierra
 Para ayudarte dispuesto.
 — De la muralla al abrigo
 Nuestras mulas amarremos.
 — Ya están.

— Las maletas baja,
 Y á palacio, que hace fresco.
 — ¡ Pero calle ! ¿ está cerrado
 El postigo ?

— Está sujeto
 Con un clavo que no es flojo ;
 Pero, adelante, ya es nuestro.
 ¿ Y ahora, Federico ?

— Ahora
 Hagamos luz lo primero ;
 Llevemos paja á las bestias
 Que ayunan sin merecerlo,
 Y tras un sorbo de Lácrima,
 Cuyo frasco traigo lleno,
 Cada cual cumpla su antojo
 Pues es de su antojo dueño.

.

La luz está ya encendida,
 Las mulas comen el pienso,
 El Lácrima es delicioso,
 Leña en el hogar tenemos,
 Con esta mesa la puerta
 Vamos á atrancar por dentro,
 Y pues es grande y mis ojos
 Se niegan á estar abiertos,
 Hago sobre ella mi cama,
 Tranquilamente me acuesto,
 Tú te sientas á mi lado,
 Me dejas echar un sueño
 De dos horas; en seguida
 Duermes tú miéntas yo velo,
 Y..... Federico, perdona,
 No puedo más..... hasta luégo.

III.

Restregóse Federico
 Los párpados un momento,

Y pintáronse en sus labios
Una risa y un bostezo.
De su amigo ya dormido
Contempló el rostro sereno,
Y en la mesa y á su alcance
La caja del fraile viendo,
Abrióla, tomó el rosario
Y murmuró..... ¡Padre nuestro!
Sacó el puñal en seguida,
Probó la punta en un dedo,
Y llevándola por broma
Al corazon de Lorenzo
Dijo para sí: ¡Bien duerme
Está lo mismo que un leño.
De pronto, rasgando el aire,
Creyó escuchar á lo léjos
Un pavoroso silbido,
Fúnebre como un lamento,
Y trás él, áun más lejanos,
Sordos ladridos de perro.
Miétras absorto y confuso
De espanto y sorpresa lleno,
Vió lo que mortales ojos
Ver otra vez no pudieron.

Reanimándose la llama
Y á sus fúlgidos destellos,
Apareció de una gruta
El fondo triste y siniestro.
De esta gruta en el recinto,
Y sentados en el suelo,
Conversaban muchos hombres
Casi de harapos cubiertos.
Escopetas y pistolas
Eran sus galas y arreos,
Y de cuentas de rosarios
Llevaban ornado el cuello.
De tan extrañas figuras
Alzábase altivo en medio
El pastor de la montaña
Con su enorme perro negro.
Mirábale Federico
Inmóvil, aunque sin miedo,
Cuando aquél abalanzándose
Le asió por el brazo izquierdo,
Y á su pesar, y arrastrando,
Sacóle del aposento.
De una vasta galería
El espacio recorrieron
Hasta dar en una sala

Ornada de antiguos lienzos,
Y que algunas rojas teas
Iluminaban á intervalos.
Veinte veces el forzado
Llevó la diestra á su pecho,
El puñal del capuchino
Acariciando en silencio;
Y veinte veces, curioso
Por descubrir el misterio,
Su puñal volvió á la vaina
Y su espíritu al sosiego.
Por fin, del pastor guiado,
Llegó Federico al centro
De otro salon, donde en corro,
Y en altas sillas de cuero,
Celebraban los bandidos
Conciliábulo tremendo.
Tendido sobre una mesa
Y agarrotados los miembros
Su decision esperaba,
Mudo y tembloroso, un viejo.
Del pastor al verse enfrente
Todos en pié se pusieron,
Y hácia la mesa avanzando
Con su víctima y su perro,

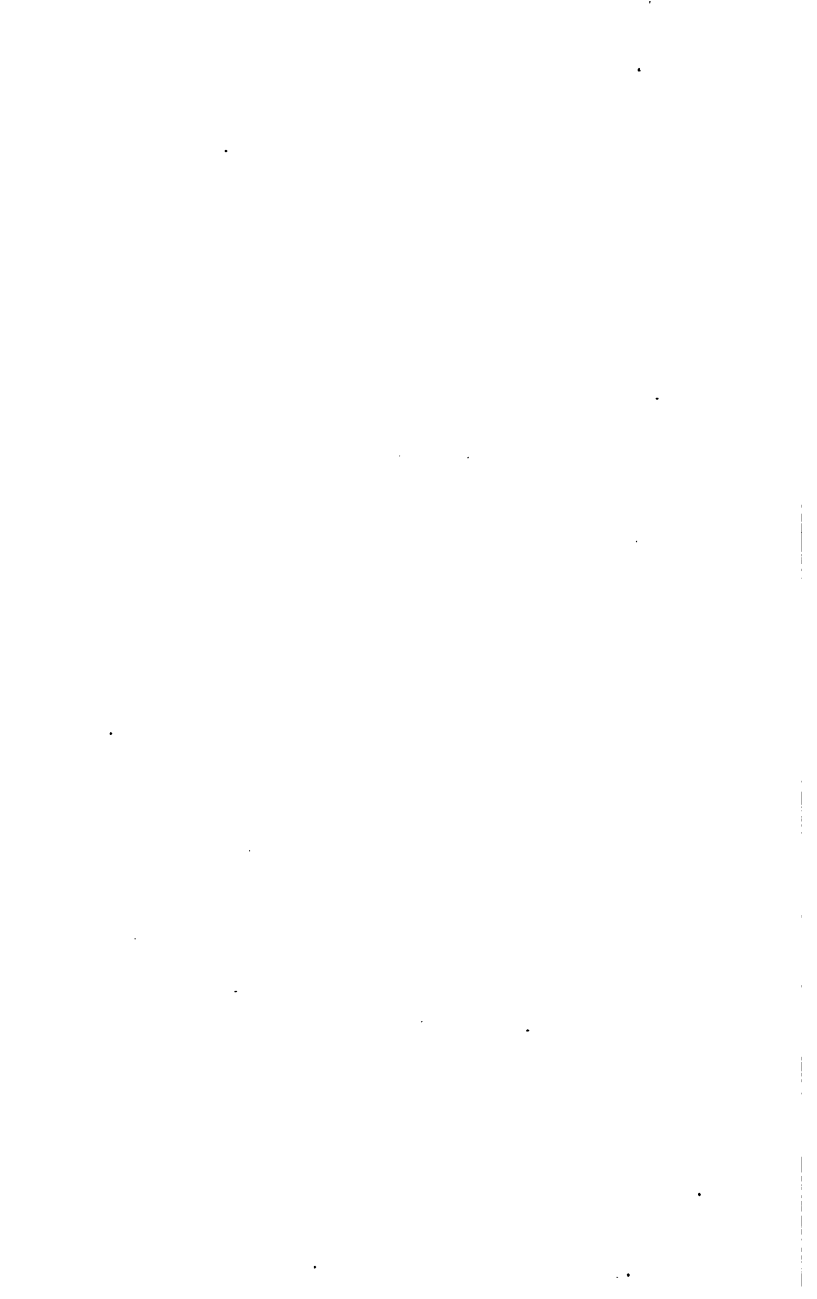
Que las manos le lamfa
 Sin duda la sangre oliendo,
 Así dijo el miserable,
 Con voz ruda y torvo ceño:
 — No atormentéis á ese anciano
 Ya sin fuerza y sin aliento;
 Os traigo una nueva presa
 Que os dejará más provecho.
 Es jóven, y acaso rico,
 Y pues rabiais por saberlo
 ¡Ea! entrérganos el oro
 Que escondistes en el seno.....
 — El oro ¡pastor infame!
 ¿Quieres oro? ¡toma hierro!
 Llenó un gemido la estancia,
 Cayó desplomado un cuerpo,
 Y al despertar Federico
 De aquel espantoso sueño,
 Aun apretaba en sus brazos
 El cadáver de Lorenzo.

Cuando al despuntar el dia
 Pudo el honrado cabrero
 Romper á fuerza de puños
 El postigo siempre abierto,

Halló cerca de la mesa
Juntos en abrazo estrecho,
Dos cadáveres calientes,
Y á poca distancia de ellos
Un puñal ensangrentado,
Un rosario blanco y negro,
Dos maletas, y una caja
Con la cifra del convento.

1883.

FIN.



INDICE.

	<u>Páginas.</u>
El Cristo de Vergara..	5
Los Vientos..	41
Mondújar.	51
Imposible.	75
La Calle de la Cabeza.	111
Los Envidiosos.	125
Las Flores de Mayo.	131
El Hermano Adrian.	149
La Primavera.	171
Murillo.	189
Juan Bravo, el Comunero..	197
El Puñal del Capuchino.	221

4

1009











